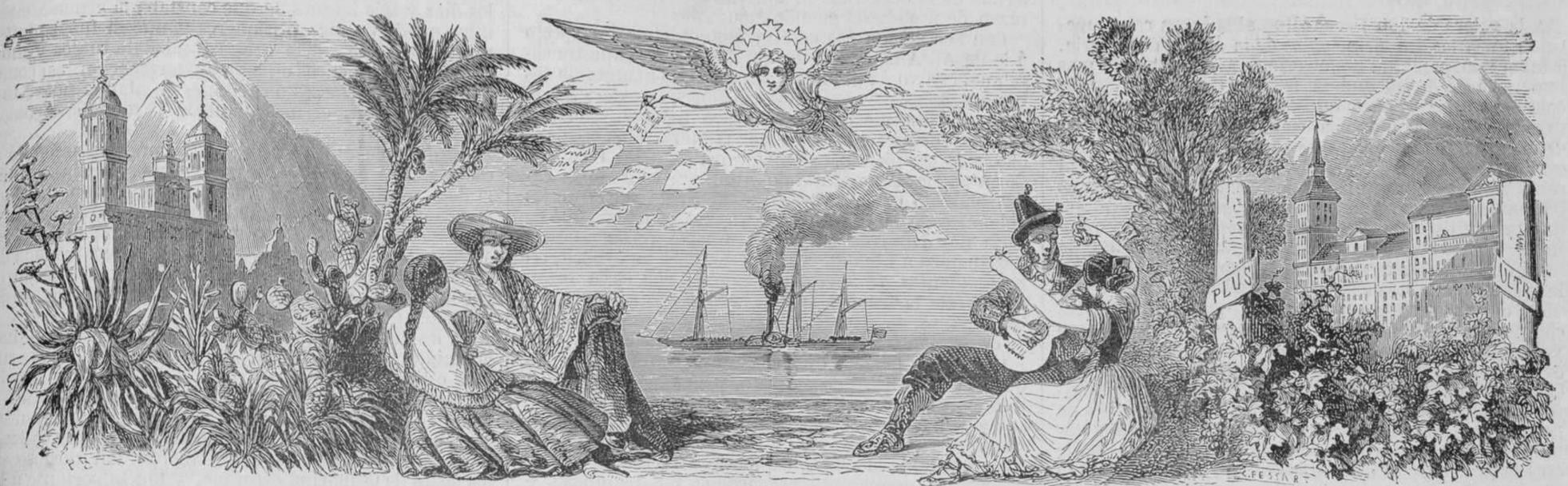


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

Año 18. — N° 332.

SUMARIO.

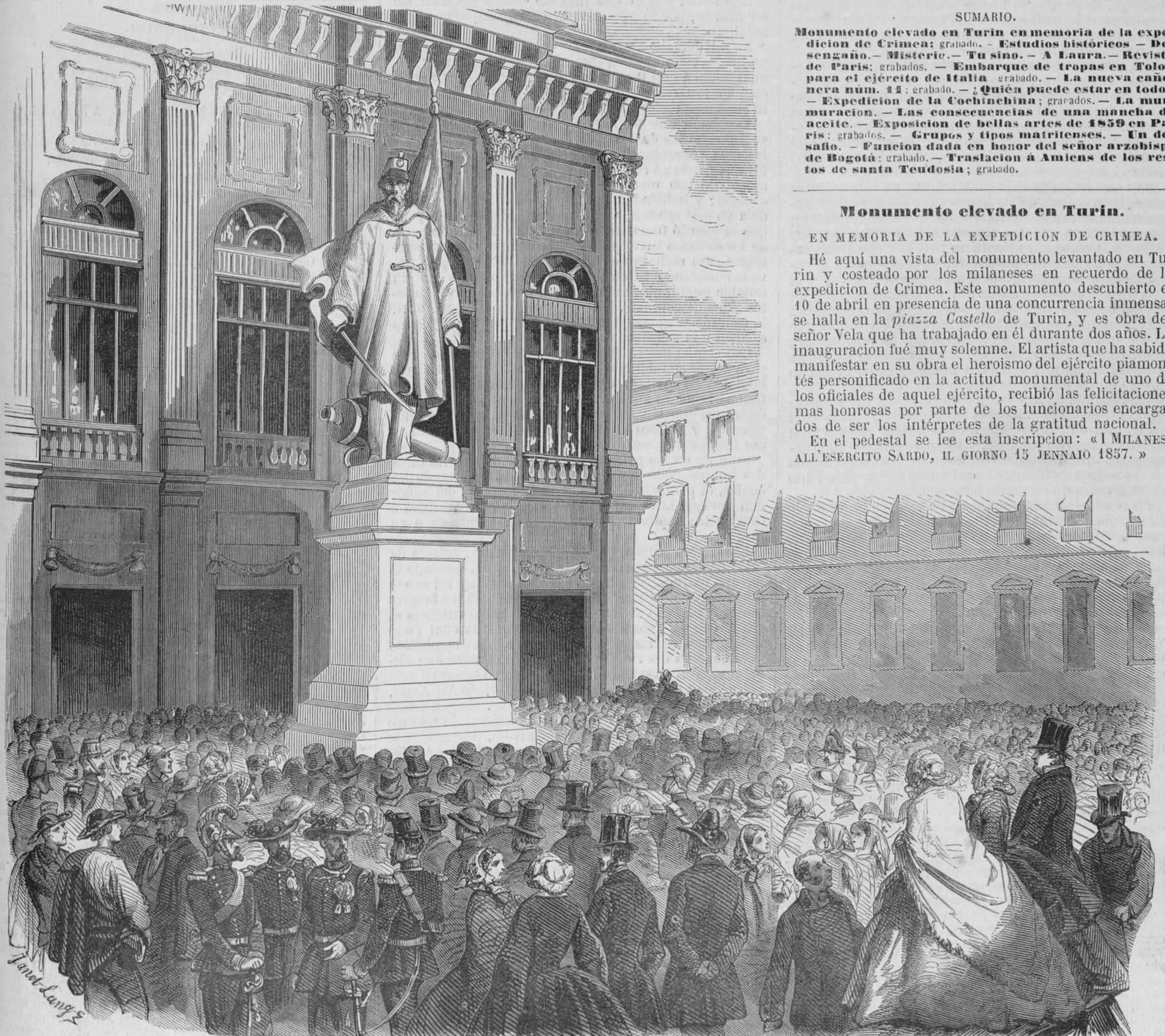
Monumento elevado en Turin en memoria de la expedicion de Crimea; grabado. — Estudios históricos — Desengaño. — Misterio. — Tu sino. — A Laura. — Revista de Paris; grabados. — Embarque de tropas en Tolon para el ejército de Italia grabado. — La nueva cañonera núm. 11; grabado. — ¿Quién puede estar en todo? — Expedicion de la Cochinchina; grabados. — La murmuracion. — Las consecuencias de una mancha de aceite. — Exposicion de bellas artes de 1859 en Paris; grabados. — Grupos y tipos matritenses. — Un desafío. — Funcion dada en honor del señor arzobispo de Bogotá; grabado. — Traslacion á Amiens de los restos de santa Teodosia; grabado.

Monumento elevado en Turin.

EN MEMORIA DE LA EXPEDICION DE CRIMEA.

Hé aquí una vista del monumento levantado en Turin y costeado por los milaneses en recuerdo de la expedicion de Crimea. Este monumento descubierto el 10 de abril en presencia de una concurrencia inmensa, se halla en la *piazza Castello* de Turin, y es obra del señor Vela que ha trabajado en él durante dos años. La inauguracion fué muy solemne. El artista que ha sabido manifestar en su obra el heroismo del ejército piemontés personificado en la actitud monumental de uno de los oficiales de aquel ejército, recibió las felicitaciones mas honrosas por parte de los funcionarios encargados de ser los intérpretes de la gratitud nacional.

En el pedestal se lee esta inscripcion: « I MILANESI ALL'ESERCITO SARDO, IL GIORNO 13 GENNAIO 1857. »



INAUGURACION EN TURIN DEL MONUMENTO COSTEADO POR LOS MILANESES Y OFRECIDO EN TESTIMONIO DE ADMIRACION Y DE GRATITUD AL EJERCITO SARDO, EL 10 DE ABRIL DE 1859.

Estudios históricos.

SACO DE GIBRALTAR Y BATALLA NAVAL DE ALBORAN.

AÑO DE 1540.

(Conclusion.)

A la galera de don Bernardino abordaron con impetuosa furia las dos principales de la armada contraria, á saber: la capitana donde estaba Ali-Amét, y la mas temeraria de todas que el famoso Caramaní guiaba como caudillo; y pues que del éxito de este combate parcial estaba pendiente la victoria, ya se debe suponer el encarnizamiento con que se peleaba de una y la otra parte. A los forzados españoles que andaban al remo por sus culpas, hízolos desherrar don Bernardino para aumentar el número de sus combatientes, puesto que la multitud de sus enemigos le tenia hartó oprimido; con lo cual algo se reanimaron los soldados de nuestra capitana, y no poco vió quebrantada su osadía la soldadesca de los turcos.

En el primer empuje entráronse á la vez unos y otros combatientes por la respectiva galera contraria; pero ya restablecida la acción, fueron los enemigos arrojados de la nuestra, y entrada la de Caramaní por los soldados españoles. La resistencia que infundia con su ejemplo aquel valiente capitán, y los certeros disparos de flechas y arcabuces que por estribor hacía sobre la galera de don Bernardino la fuerza que Ali-Amét tenía en la suya, pusieron á la nuestra en gran aprieto si la experiencia del caudillo cristiano no hubiese hecho cargar todo el peso de sus fuerzas á la banda de babor, inclinando de este lado la galera y levantando así una muralla contra los disparos enemigos con la obra muerta de la opuesta banda. Con esto multiplicáronse los esfuerzos que se hacían para rendir la galera de Caramaní, cuando quiso la buena fortuna que una saeta, disparada de su mano, fuese á herir mortalmente á su enemigo. Rematáronlo de dos arcabuzos los soldados españoles, é inmediatamente la bandera cristiana substituyó en el alcázar de popa y en los topes de su galera el pendon de la media luna.

Era esta la ocasion mas oportuna y el momento favorable para lograr, por los sucesos posteriores, la victoria inaugurada tras tan dudosa pelea. Comprendiólo así don Bernardino de Mendoza, y sin dar treguas al furor de los combatientes, ni descanso á la chusma fatigada, revolvió prontamente sobre la capitana de los turcos, entrándola con tal ímpetu, que en breve la ganó hasta el árbol.

Hay que hacer justicia á Ali-Amét en esta primera parte de la acción, diciendo que supo mandar como experimentado capitán y luchar como soldado valeroso; pero es lástima que las alabanzas no puedan ser mas extensas, puesto que al sentirse herido y con pocas esperanzas de defender su galera, ya casi rendida al poder de los cristianos, prefirió arrojarse al mar como el mas miserable de la chusma, mejor que mantenerse en el puesto de honor y lograr gloriosa muerte donde su oficio de capitán general se la imponía. Es verdad que procedió con arreglo á su calidad y circunstancias; pues, como ya se ha dicho, era un renegado de la isla de Cerdeña, de principios tan inobles como el hecho mismo que dejamos relatado.

Tras la fuga de Ali-Amét, toda la galera fué señoreada de españoles y abatidas sus insignias; con lo cual los buques enemigos que aun peleaban desmayaron hasta el punto de rendirse, y los que pudieron desasirse de los nuestros encomendaron su salvación á una huida vergonzosa, para la cual no les fué de poco fruto el barlovento que siempre habían conservado.

No se consiguió este señalado triunfo sin hartó duelo de los soldados españoles, pues además de los muchos y muy buenos que murieron en la encarnizada lucha de los dos abordajes sucesivos, salió el capitán general de nuestra armada con una herida de arcabuz en la cabeza que hizo temer por su vida algunos momentos, y fué causa de que no se hiciese con vigor y oportunidad la persecución de los buques fugitivos (1).

Peró antes de terminar con esta circunstancia los varios accidentes de la batalla, bien será completar su relación, toda ella curiosa por el valor de los soldados españoles y la fortuna de las armas cristianas.

El mayor nervio de la fuerza enemiga cayó sobre el centro de la línea de combate, tanto para resguardar á sus principales caudillos, cuanto porque desde luego se conoció que era en el propio lugar de nuestras fuerzas donde se ostentaba la insignia de don Bernardino de Mendoza.

Tenia este general á su izquierda una galera mandada por don Pedro de la Guerra, á cuyo cargo, como ya se ha dicho, estaban sometidas todas las que en aquella banda peleaban; y así como vió cercana la

ocasion de combatir disparó con tal acierto su artillería contra una galeota enemiga que se le puso enfrente, que acto continuo la echó á pique, pudiendo revolverse contra otra que allí venia inmediata. Ganóla tras esfuerzos poderosos, de manera que fueron dos á las que dió cabo aquel insigne capitán en todo el curso de la pelea; logrando así estorbar que acudiesen en ayuda de la de Caramaní aquellas que mas estaban en sazón de protegerla cuando sucumbía.

Con la atención fija en el mismo objeto con respecto á la de Ali-Amét, sobre el ala derecha de nuestra capitana, estuvo á punto de sucumbir á los ataques de dos buques enemigos otro de los españoles, la galera *Santa Bárbara* mandada por un tal Pedro Benitez, esforzado capitán que no solo peleaba por la gloria de la cristianidad, sino tambien para vengar las injurias recientes de su patria. Era natural de Gibraltar; y con tanto calor se arrojó en lo postrero de la lucha por entre los pelotones de sus contrarios, ya casi rendidos, que su furia fué causa de su propia muerte. Dióselo, de un mosquelazo á boca de jarro, cierto moro de calidad, en los momentos de rendirse su galera; por cuya razón murió este tambien acto continuo hecho pedazos por los súbditos de nuestro malogrado capitán, sirviendo de escarmiento á los otros colgado de una entena.

Otras tres galeras españolas prolongaban el ala izquierda de la línea de combate, y de ellas una pasó á retaguardia por no contar con mas gente de pelea que sobre diez ó doce espadas. Formósele causa al capitán cuando llegaron á puerto, y lo mismo al de otra galera sutil que desde el cuerno izquierdo cayó tambien á retaguardia; pero ambos probaron su inculpabilidad, y así vino á ser acto de prudente cautela lo que á los principios se atribuyó á consejos de la cobardía.

Las dos restantes pelearon gallardamente rindiendo una cada cual y poniendo á otras tres fuera de combate, tan desmanteladas por la artillería, que no habiéndose aferrado con las nuestras, tuvieron por conveniente escapar á toda boga.

Esto baste, puesto que mas no podríamos decir sin ser difusos, por lo respectivo al cuerno izquierdo de la batalla.

En el derecho, y rozando con la galera capitana, ya hemos visto cómo se portó el malogrado Benitez resguardando á don Bernardino de toda nueva agresión cuando tan empeñado se hallaba con los dos bastimentos mas recios de los caudillos musulmanes.

Veamos lo que por la prolongación de aquel costado sucedió con las demás galeras, de las cuales una de las mas poderosas llamada la *Santa Ana*, que era de las que corrían á cargo del señor don Enrique Enriquez, arremetió con una galeota turca muy gruesa y bien armada; y habiéndola entrado hasta el árbol y teniéndola ya casi rendida, vióse con otra encima por la popa que la abordó furiosamente. Con esto la mayor parte de los soldados tuvo que revolver sobre sus nuevos enemigos para rechazar el abordaje; y á favor de la novedad logrando zafarse la primera galeota, no sin notable quebranto, marcó por el ala derecha de nuestra línea de combate, y acompañada de un bergantín, la retirada vergonzosa que otras tres por la izquierda estaban á la vez ejecutando.

Con esto la galera *Santa Ana* quedó desembarazada para pelear con aquella de los turcos que por la popa la habia acometido, dándose tan buena traza en la función, que á fuerza de arrojo logró por último rendirla; mas no sin haber perdido hasta once soldados muertos, y heridos treinta y seis, incluso el capitán de dos flechazos en una pierna.

Eran de escaso porte y no bien tripulados los otros dos buques restantes de nuestra línea, en uno de los cuales, el penúltimo, se hallaba la insignia del señor don Enrique Enriquez, y el otro obedecía tambien á este ilustre capitán, por ser de los que corrían á su cargo.

El primero parece que se aferró con una galeota de los infieles cuando el combate comenzaba, teniendo la fortuna de rendirla sin mucha oposición; y así se vió desembarazado para continuar en ayuda de los buques mas cercanos al extremo de su ala. Sucedió entonces el triunfo de la galera *Santa Bárbara*, de la cual pudo zafarse una de las galeotas que la habían combatido cuando la otra se rindió; y con esto el señor don Enrique salió al paso á la fugitiva y la tomó tras cortísima pelea, bien que en ella se hubiese refugiado Ali-Amét, que desde aquel punto se rindió cautivo. Muchos alientos infundió esta circunstancia á don Enrique; y avaro de gloria, con menos cautela que arrojo, llegose á toda boga hasta la galera *Santa Bárbara* cuando los soldados se entretenían en el pillaje sobre la infiel que habían rendido. Supuso el precipitado caudillo que aquello era pelear; y dando oídos á su fantasía antes que la debida atención á la realidad del caso, mandó disparar su artillería con tan escasa fortuna, que los tiros fueron á herir á los soldados españoles. Quedaron siete muertos y diez heridos de este percance, del cual se apercibió don Enrique cuando ya estaba hecho (1).

(1) Varian mucho en su relación respectiva cada uno de los generales españoles; y esta diferencia, producto del desacuerdo que reinaba entre los dos, introduce alguna confusión en nuestro ánimo para juzgar con imparcialidad aquel hecho y calificarlo con justicia. El señor don Enrique Enriquez, por ejemplo, en un memorial que envió al emperador sobre aquella victoria, dice: «Que ya V. M. sabe como en esta batalla que con los turcos hoberon, él rindió con su galera capitana una galeota, la primera que en dicha batalla se tomó, y luego que la hobo pacificado socorrió á la galera *Santa Bárbara*, que del cargo de don Bernardino, la cual habia ya rendido y

Con tan lamentable incidente dióse por terminada la batalla; pues al rendir don Enrique aquella galeota en que Ali-Amét trataba de fugarse, ya sólo quedaba tremolando el pendon de la media luna en los cinco bastimentos que de antes se habían puesto en retirada á vela y remo, aprovechando el viento favorable y toda la fuerza de su chusma.

El triunfo no pudo ser mas completo, puesto que de los diez y seis buques de que constaba la armada enemiga quedaron diez prisioneros y uno se fué á pique, muriendo en la lucha gran cantidad de turcos y moros, los mas prácticos en aquella navegación, así como casi todos los arraaes ó capitanes de alguna nota, incluso Caramaní, el mas afamado y temido de todos ellos.

Tambien entre los cautivos, cuyo número ascendió á cuatrocientos veinte y siete, y cuya importancia levantó la de su capitán general Ali-Amét, quedaron muchas personas de cuenta; de manera que, como decia muy bien el señor don Bernardino de Mendoza á S. M. el emperador, difícilmente podria bajar nueva armada de turcos por aquellos mares hasta mucho tiempo despues, por la falta de capitanes que necesariamente habia de notarse.

De los cristianos que andaban al remo en los buques enemigos rescatáronse ochocientos treinta y siete, sin mas estipendio que el de nuestra buena fortuna; de manera que, aparte el natural sentimiento que causó á los españoles la pérdida de ciento y treinta que murieron en el combate, muchos de ellos personas de calidad y casi todos los mejores, el de Alboran, tan glorioso en los fastos de la marina española, y tan importante á la fama impercedera del señor don Bernardino, fué celebrado por la cristiandad como uno de los triunfos mas completos de los que en todo el siglo XVI reportaron nuestras armas en los mares de Levante.

J. FERRER DE COUTO.

Desengaño.

Á MI QUERIDO Y BUEN AMIGO

LEOPOLDO TERRERO DE ATIENZA.

Triste existencia la que sufre inerte
Quien luz no alcanza que su paso alumbre,
Y al fin se arroja tras la aviesa suerte
Llena el alma de inmóvil pesadumbre.

Yo vine al mundo de ilusiones lleno;
Pensé que en vez de la desgracia impía
Que insana acosa mi desierto seno,
Dichas hubiera para el alma mía.

Mas ¡ay! que el hado de mis horas dueña
Quiso trocar la estrella de mi sino,
Y en vez de goces que incesante sueño
De espinas siembra mi infeliz camino.

¡Yo era feliz! jamás de los dolores
Creí seguir la brújula mentida,
Cuando en rumbo falaz, de alegres flores
Hallé bordado el puerto de la vida.

¡Ay! ¡si nunca á sus márgenes viniera!
¡Mas vale el mar sin norte ni timón!

muerto al capitán della y á la mas gente de pelea que traía, de manera que los turcos la tomaron sin ninguna resistencia; mas como la victoria parecia ya por nosotros, la galeota que con ella estaba embestida la dejó, y se huyó con el capitán Daliamat (Ali-Amét quiere decir), que habia pasado de la galera bastarda á esta dicha galeota por ser tan buena para huir: entonces allegó el dicho don Enrique y embistió la dicha galeota, y peleó con ella y la rindió, y en ella tomó al dicho capitán Daliamat, el cual trujo á su galera... » El señor don Bernardino, á quien sin duda el emperador consultó las quejas del otro capitán, no esquivó la respuesta con la franqueza natural de su carácter en los términos siguientes: «En lo que don Enrique dice que le he hecho agravio, no me maravillo que se queje de los cristianos, pues tan poco se pueden quejar de él los turcos; y es cosa de maravillar y de agradecerle que con tan poca gente como traía haya hecho tanto como dice y quedado todos sanos. Doy gracias á Dios que conmigo ni con mis galeras no quiso hacer este milagro; y si todos nos diéramos tan buena maña como él dice que se dió, mas navios tomáramos de los que traían los turcos en su armada; mas como le ha ido bien de quejarse otras veces, no puede dejar de hacello agora. Lo que en esto pasa es que él tomó una fusta de diez y siete bancos, que fué la menor de las que se tomaron, y algunos dicen que cuando la embistió se habían echado los turcos á la mar ó la mayor parte dellos: como esto es cosa que no vi, no lo afirmo. Lo que vi es; que habiendo rendido á los enemigos, llegó con su galera cerca de la galeota *Santa Bárbara* que estaba á mi banda derecha; y por que le pareció que los soldados que andaban saqueando una galeota que tenían tomada peleaban, dió un cañonazo á la dicha galera que mató siete cristianos y hirió diez ó doce. Fuera bien cuando escribiste esas cosas que no se le olvidara esta, pues era mas notable hazaña. » Como se echa de ver, no falta pasión ni ensañamiento en la carta de don Bernardino; mas como quiera que todos los datos relativos á aquella batalla justifican la verdad de su informe, no nos extenderemos mas sobre este punto. Las cartas cuyos párrafos hemos trascrito hallanse en el *Archivo general de Simancas*, legajo 47 de los papeles de Estado.

(1) En una carta que escribió á la majestad del emperador el señor don Bernardino de Mendoza desde Málaga á 22 de octubre, justificando la inmovilidad de sus galeras despues de la victoria, dice así: «Porque algunas dellas quedaron de manera que en adelante no podrán servir y será necesario mudarias, y que la mayor parte de todas ellas fué herida ó muerta, especialmente la gente de bien ó principal, como V. M. verá por mi memorial que envío. Los navios que huyeron de la batalla fueron de manera que habrán menester muchos dias para aderezarse del daño que recibieron, y si mis galeras no estuvieran tan embarazadas y asidas unas con otras, y yo no fuera tan mal herido, fuera excusado tener cuidado de lo que estos navios han de hacer. » (*Archivo general de Simancas*. Estado: legajo 47).

Quién de él á la entrada me advirtiera
Que era un estrecho abierto al aquilon...

Mas ¿quién será que en el futuro lea?
Nace el hombre, y apenas en la vida
Ya gime y llora y delirante crea
Proyectos vanos de ilusion mentida.

Llega á pensar; su pensamiento ardiente
En vano pide lo que el alma quiere,
Triste se dobla su angustiada frente,
Y sin llanto en los ojos, sufre y muere.

Tengo un infierno en mi ardoroso pecho,
Lucho de anhelos en inmensa red;
Los placeres, la gloria, el mundo estrecho,
No bastan, no, para extinguir mi sed.

¿Qué es el fausto, la pompa y la grandeza?
¿Qué es el poder, la ciencia, el claro nombre?
¿Qué es el amor, la gloria, la riqueza?
Mentido oasis que no alcanza el hombre.

Riqueza, ¡fuente que la sed no sacia!
Gloria, ¡mentira que al dolor aferra!
Valor, inteligencia, encanto, gracia,
¡Fátuos fulgores de la impura tierra!

¿Ni qué le aguarda á quien persigue todo?
¿Qué espera el sabio en su saber profundo?
En negra fosa convertirse en lodo
Cubierto y esquivado por inmundo.

Misterio.

Sus plumas con orgullo en el espacio
Mira el águila audaz en luz bañadas;

Mas en su loco vuelo,
Los rayos de topacio

Dejándola las alas abrasadas
La hacen caer exánime en el suelo.

Así se lanza el alma en esta vida
En pos del fin para que fué creada

Con tan hondo misterio;
Y hallando confundida

Que fué para el dolor predestinada,
Lo arrostra de la cuna al cementerio.

En vano descifrar quiero el arcano
Que me lleva entre sombras peregrino;

Que el hálito derrumba,
Del alma, lo que en vano

Forjamos del recóndito destino;
¡La solución no está sino en la tumba!

Tu sino.

¡Pobre niña! sin culpa nacida del pecado,
Soñaste con la aurora las dichas y el amor,
Y hoy angustiada doblas tu rostro nacarado,
Porque tu pecho enciende la fiebre del dolor.

No tienes una madre que vele por tu sueño;
No tienes una madre que calme tu penar;
Tristísima sufriendo, de tu celeste ensueño
Quedó solo un recuerdo que insulta tu pesar.

De los revueltos mares las negras tempestades
No igualan al quebranto que hirió tu corazón;
Las horas de tu vida son llanto y soledades;
Las dichas de tu alma silencio y oración.

Y pasará tu vida cual pasan en el suelo
Quebrándose las hojas que arrastra el huracán;
Y en vano tus miradas levantarás al cielo;
Que en él tan solo sombras tus ojos hallarán.

¡Y eras feliz!... Pasabas en cándido abandono
Tu vida entre las flores que diste en imitar;
Mas te miraron bella los hombres, y en su encono
¡Te dieron al oprobio, lanzáronte á llorar!

¡Y siempre desde entonces el llanto en tus mejillas!
¡Siempre las crudas penas reinando sobre tí!
¡Siempre doblado el cuello que resignada humillas
Ante el destino horrendo que te avasalla así!

Las lágrimas de fuego que emanan de tus ojos
Y ruedan por tu seno, sarcasmo del placer,
No ablandan, desdichada, los misereros abrojos
Que tu existencia encuentra punzantes por do quier.

¡Alza tu frente, enmostra la cólera del mundo;
Irrite tu desprecio su bárbaro furor;
Si su piedad no hallastes en tu dolor profundo,
Arroja tus miserias en medio á su esplendor!

¿Sabes, de tanta pompa que deslumbró tus ojos,
Lo que á tu dicha guarda su liberal poder?
Mañana cuando un féretro conduzca tus despojos
Con cínico abandono dirá: ¡pobre mujer!

É irás á tu sepulcro, el alma carcomida,
Pasando entre la turba de alegre juventud;
No habrá en el mundo un alma que sienta tu partida;
No habrá sola una lágrima en torno á tu atahud.

Caracas, febrero de 1858.

JULIO CALCAÑO.

A Laura.

Allá en la selva lejana
Linda, pura, seductora,
Esquiva rosa temprana
Al despuntar la mañana
Su carmin roba á la aurora.

Junto á la escondida fuente
Se mece en su tallo erguida,
Delicada, trasparente;
A los campos dando vida,
Dando aromas al ambiente.

Y en vano quiere modesta
Ocultar su dulce estancia,
Poniendo tan gran distancia
Desde el bosque á la floresta,
Si le vende su fragancia.

Amor de los ruiseñores,
Dicha de las mariposas
Y afán de los trovadores,
Da envidia á las otras rosas
Y humilla á todas las flores.

Tal ¡ay Laura! tu hermosura
Brilla sin rival ufana,
Pues tu beldad soberana
Eclipsa la donosura
De la rosa mas galana.

Que es tu talle delicado,
Tu blando mirar hechiza,
Y es mas pura tu sonrisa
Que del abril perfumado
La dulce y fragante brisa.

Mas ¡ay infelice
Rosa hechicera!
¡Cuán pasajera
Fué tu beldad!
Secó tu cáliz
Abrego impío,
Postró el estío
Tu vanidad.

Ya no te cercan
Tan obsequiosas
Las mariposas
Lindas de ayer.
Marchita y sola
Llena de angustias,
Tus hojas mustias
Miras caer.

Hoy, Laura hermosa,
Brillas ufana,
Como la rosa
En el pensil.
Mas ¡ay! trocado
Verás mañana
En triste otoño
Tu alegre abril.

No fies, Laura,
En tus encantos,
Luz fugitiva,
Fleble ilusion.
¡Ah! la belleza
Que mas cautiva
Es la pureza
Del corazón.

JOSÉ DE PABLO BLANCO.

Revista de Paris.

Paris presenta desde hace algunos dias un aspecto mas animado aun que de costumbre. La gran cuestion de la guerra de Italia tiene embargados todos los ánimos, y por todas partes se reunen grupos que hablan de los sucesos del dia: en las calles principales y en los boulevards á la hora en que se publican los periódicos de la tarde el movimiento y la animacion crecen de punto; á cada instante se esperan los pormenores de la primera batalla. Entre tanto cruzan por toda la ciudad en direccion al camino de hierro partidas de tropa que

se dirigen con armas y bagajes al teatro de la guerra, y que la muchedumbre aclama ó contempla en silencio; en el fondo todos admiran á los hijos de la Francia que van á derramar su sangre por una causa que cuenta con las simpatías universales, la causa de la independencia italiana. — En presencia de tales acontecimientos la crónica con todas sus aventuras palidece; no obstante, como en nuestras columnas hay espacio para todo, proseguiremos al ruido del cañon nuestra humilde tarea.

Hoy vamos á principiar por una protesta en debida forma; pues el asunto lo merece, como comprenderán muy luego todos los buenos españoles, y en particular nuestros queridos compatriotas los madrileños. Un artista francés llamado Goría, que se encuentra á la sazón en Madrid, donde ha sido objeto de mil agasajos por parte de la sociedad mas escogida y hasta por SS. MM. la reina y el rey, á quienes debe la cruz de caballero de la orden de Carlos III, ha publicado en el *Figaro*, periódico de Paris, número del 23 del pasado, una carta en que se amontonan tales ultrajes y calumnias contra nuestro pais que por respeto á nuestra propia dignidad no nos atrevemos á reproducirla, ni aun siquiera á indicar su contenido. El efecto que esta indigna epístola ha causado en Madrid se comprenderá fácilmente; solo un periódico se ha atrevido á traducirla con expresiones dictadas por el respeto debido á los reyes, que tampoco quedaron á salvo de los dicerios de M. Goría, y todos ellos han condenado como merece la conducta indigna del hombre que corresponde á los favores que recibe con el insulto y la mentira.

M. Goría niega la carta diciendo: «no haber escrito ni una palabra en ningún periódico francés ni extranjero, ni tampoco haber autorizado á nadie á servirse de su nombre para hacer la crítica de un pais al que está agradecido.» Esto se publicó en los periódicos de España, y al propio tiempo en el *Figaro* de Paris se daba á luz: 1º, una carta de la señora de Goría en la que se negaba el escrito publicado, y 2º, un despacho telegráfico del artista «desmintiendo formalmente» la epístola en cuestion.

En tal estado el asunto, el embajador francés en Madrid «aconsejó» á M. Goría saliese de la corte de España en el término de veinte y cuatro horas; pero el pianista parece haber respondido no saldrá de Madrid hasta sincerarse completamente, pues insiste en asegurar que no ha escrito la carta inserta en el *Figaro*. Lo deseamos por el señor Goría; pero entre tanto protestamos á fuer de españoles contra las apreciaciones calumniosas que se hacen de nuestro pais en el escrito que lleva su nombre.

La España tiene que agradecer algunos juicios de esta clase á los extranjeros; sin embargo, ni Dumas ni Gauthier han dado á sus falsedades un carácter tan violento y odioso. Por fortuna, otros que conocen mejor nuestro pais, extranjeros tambien, le juzgan de distinta manera, y en prueba de ello vamos á trascribir á continuacion las lineas que *L'Indépendance Espagnole*, periódico francés que se publica en Madrid, consagra á la carta de M. Goría:

«El *Figaro* de Paris, dice, publica en su número del 23 de este mes, una correspondencia de Madrid con fecha del 16, que contiene las calumnias mas odiosas que la mas malévolá imaginacion ha podido inventar contra un pueblo entero. Nuestra pluma se resiste á trascribir aqui esas injurias que no hemos podido leer sino con una profunda indignacion. Protestamos pues enérgicamente contra las aserciones falsas y calumniosas de que está atestada la carta de que hablamos, que se halla firmada por una persona que no quisiéramos ver convertida en editor responsable de ataques tan groseros, tan apasionados y tan injustos. Si hay un pueblo que acoja á los extranjeros con especial y hasta con imprudente benevolencia, ese pueblo es España; así es que nos apresuramos á protestar contra la imaginacion delirante de uno de nuestros compatriotas, que mas que nadie tiene motivos para mostrarse reconocido por la acogida que ha tenido en Madrid.»

No añadiremos una palabra mas en esta cuestion, y esperearemos á que M. Goría se sincere como lo ha prometido.

M. Werdet, un librero de Paris, acaba de publicar un libro muy curioso con este título: *Retrato intimo de Balzac*. M. Werdet en su calidad de editor vió á menudo al ilustre novelista en su interior, y pudo estudiar con detenimiento los defectos y las cualidades del hombre privado.

En el principio de su obra el librero protesta de su buena fe y de su veracidad, y francamente hablando, sus asertos nos parecen verosímiles. Por lo demás, su libro no contiene lo que puede llamarse un estudio filosófico de Balzac, sino que es una coleccion de observaciones, notas, documentos y anécdotas que instruyen ó divierten.

Entre las manías de Balzac, segun M. Werdet, hay una que seguramente era hija del orgullo. Parece ser que el autor de «la Comedia humana» se figuraba á menudo que habia hecho magníficos regalos á sus amigos; hablaba de estos regalos por todas partes, y contaba con el agradecimiento de los favorecidos. Es el cuento del embustero que á fuerza de repetir sus mentiras acaba por creerlas.

M. Werdet cita varios ejemplos. Balzac se habia figurado que habia regalado á Julio Sandeau un caballo magnífico, y describía la forma, el color y la gallardía del potro, añadiendo pormenores particulares, como los de citar los nombres de los que se le habian vendido á él, y el del domador famoso á quien le habia confiado.

M. Sandeau al ver la manía persistente de Balzac, se resignó á lisonjearla, y concluyó por declarar á todo el mundo que habia recibido el magnífico regalo.

Hé aquí otro hecho no menos singular:

Dos jóvenes amigos del escritor, compatriotas y antiguos condiscípulos suyos, que despues ocuparon puestos importantes en la medicina y en las letras, habitaban juntos por economia un cuarto muy reducido.

Pobres á la sazón, pues vivian con la pension de estudiantes de sus respectivas familias, tenian, en cambio de todo lo que les faltaba, el contento de la juventud; pero Balzac estaba triste y aun se consideraba como humillado al ver la escasez

de muebles de su casa, y un día resolvió sorprenderlos agradablemente.

Una vez que los dos amigos se fueron á pasar tres ó cuatro días á Montmorency, el uno para hacer versos en el campo, y el otro para entregarse á sus estudios de botánica, halló Balzac la ocasion que habia anhelado.

Llamó á su tapicero; este llevó tres ó cuatro buenos trabajadores, y bajo las órdenes de Balzac amueblaron la casa; la tarea estaba concluida aquella misma noche.

Los amigos cuando volvieron de Montmorency y se encontraron con aquella novedad, no sabian cómo explicarse el milagro; pero en breve llegaron á imaginarse que el casero, viendo que no le pagaban, habia alquilado el cuarto á otro, y que se hallaban en la habitacion de un extraño.

Meditando estaban sobre su infortunio, dice M. de Werdet, cuando una carcajada sonora les anunció que no estaban solos.

Balzac escondido en un gabinete, y que habia oido lo que hablaron, salió radiante de júbilo y les dijo:

— Amigos míos, el milagro le he hecho yo.

Y entonces les expuso una larga teoría sobre el lujo que es indispensable en la época en que vivimos.

— En conciencia, añadió, no podiais estar con aquellos muebles, y yo que soy vuestro amigo, no podia dejaros en tan triste situacion... Habrian llegado á tomaros por unos pordioseros; yo debía acudir en vuestro auxilio, y he tenido la satisfaccion de poderlo hacer. Por supuesto pago yo, y no me deis las gracias; entre nosotros es la cosa mas natural del mundo, somos buenos amigos.

Los jóvenes protestaron, pero todo fué inútil; Balzac estuvo tan elocuente, que les cerró la boca y ellos debieron aceptar el regalo de los muebles.

Pocos meses habian pasado, cuando una mañana se presentó en casa de los jóvenes un hombre desconocido. Era el tapicero que venia con la cuenta en la mano á cobrarlo que se le debía.

Los dos amigos le dieron todo lo que poseian en aquel instante, y se comprometieron á pagar el resto por mensualidades.

Entre tanto Balzac, que en realidad habia tenido la intencion de pagar al tapicero, pero que no lo habia hecho, vivió persuadido de que se habia señalado por una accion de generosidad admirable, y que sus dos amigos le debian una eterna gratitud; estos que le conocian á fondo, se hallaban dotados de bastante delicadeza y amor propio para no haber querido desengañarle.

En esta misma página damos dos dibujos, de los cuales el



ANGELINA BOSIO.

primero es el retrato de Angelina Bosio, que acaba de fallecer en San Petersburgo á consecuencia de una afeccion pulmonal que la llevó al sepulcro en veinte y dos dias. Sus exequias se celebraron con gran pompa en San Petersburgo en medio de una concurrencia numerosa y escogida. «No podriamos enumerar, dice el *Diario de San Petersburgo*, los altos nom-

bres que figuraban en aquella asamblea; miembros del cuerpo diplomático y elevados dignatarios de la administracion se hallaban reunidos con señoras de la corte y con los representantes mas ilustres de las letras, las ciencias y las artes.»

El féretro cubierto de coronas descansaba en un estrado elevado en la iglesia católica de Santa Catalina. A las once principiò la misa y se cantó el *Requiem* de Mozart. A las doce y media el cortejo se puso en marcha hácia el cementerio de Santa María, y al bajar el féretro á la tierra, uno de los presentes pronunció un sentido discurso, del que vamos á tomar los siguientes párrafos:

«; Su vida ha sido bien corta!... Nacida el 20 de agosto de 1829 en Turin, Angelina Bosio, despues de haber hecho en Milan sus estudios musicales, debutó á los diez y seis años en la carrera en que ha recogido tantos triunfos. No puedo ni quiero entrar en pormenores sobre su vida de trabajo y de gloria. La Bosio ha sido festejada sucesivamente en Italia, en Copenhague, en Madrid, en Paris, en la Habana, en Nueva York, en Lóndres y en San Petersburgo, donde en estos últimos años tanto ha lucido su talento...»

»No os hablaré de la grande artista, porque lo que podria decir seria muy frio y muy pálido ante el recuerdo que de ella conservais. Pero sus amigos, en cuyo nombre hablo, han perdido una mujer de corazon y de inteligencia. Angelina habia dividido en dos partes su existencia; una, la mayor, pertenecia al público; la otra la reservaba para un círculo de amigos escogidos. Era la honradez misma; era piadosa, y su arte constituia para ella una segunda religion. Ningun trabajo la asustaba y se cuidaba para el público. Esto era para ella una cuestion de dignidad. Tenia un orgullo legítimo, pero ninguna de esas susceptibilidades que rebajan á los grandes artistas...»

»Adios, Angelina Bosio; que tu cuerpo descanse en paz en esta tierra fiel, y que tu alma no nos olvide donde habita ahora. ¡Adios!»

La muchedumbre antes de retirarse cubrió de flores la sepultura.

El otro dibujo que se ve en esta página es una escena de la *Athalie* de Racine, que se representa actualmente en el Teatro Francés con

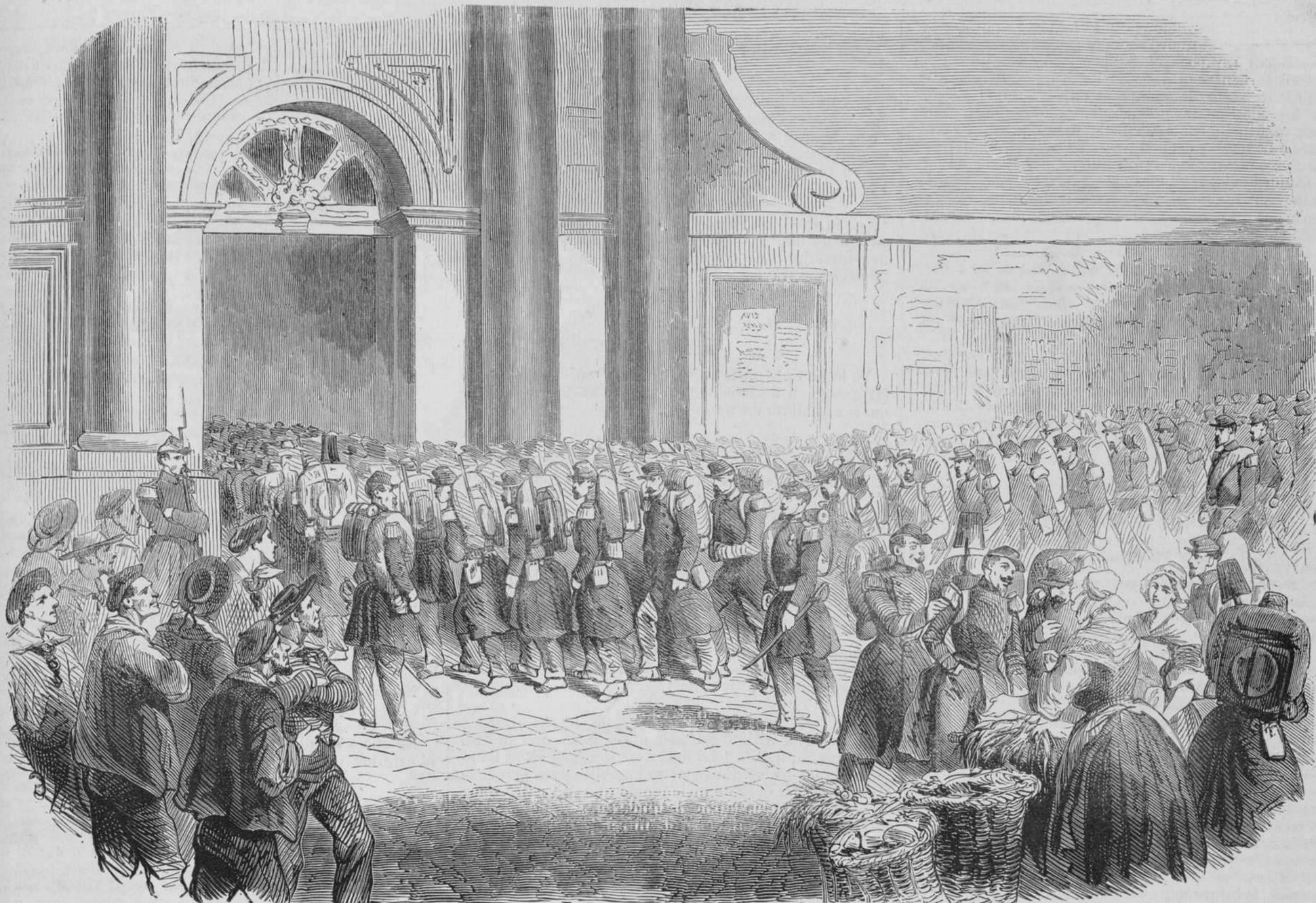
una innovacion que ha producido el mejor efecto, y es la introduccion de nuevos coros cantados por las voces brillantes y sonoras del Conservatorio. La música de M. J. Cohen está bien trabajada, y varias de las piezas se hicieron repetir en las primeras representaciones.

MARIANO URRABIETA.



SERGEY DURAND

TEATRO FRANCÉS. — REPRESENTACION DE ATHALIE, CON COROS. — 2º acto.



EMBARQUE DE TROPAS FRANCESAS EN TOLON PARA EL EJÉRCITO DE ITALIA.

La nueva cañonera número 11.

Hé aquí un dibujo que representa una nueva cañonera que debe hacer grandes servicios en tiempo de guerra. Esta embarcación se halla hoy en el Sena donde ha sido visitada por el emperador y los príncipes Gerónimo y Napoleón acompañados del ministro de la Marina, almirantes, generales y otros personajes de importancia, sin contar los curiosos de todas las clases de la sociedad que han querido examinar su construcción.

M. Armand de Burdeos es quien ha ejecutado la ingeniosa idea del almirante Dupouy; pero débese sobre todo al inteligente ministro que dirige la marina el honor de una iniciativa que ha dotado a la Francia de una fuerza nueva.

Esta cañonera de formas tan ligeras y elegantes que a primera vista parece un yacht de recreo, tiene á proa un solo cañón protegido de las balas enemigas por un fuerte blindaje que permite á los hombres de la tripulación el poder car-

gar y dirigir la pieza sin temor. Este blindaje consiste en una placa de hierro de 10 centímetros de grueso, reforzada con una tabla de encina de 30 centímetros.

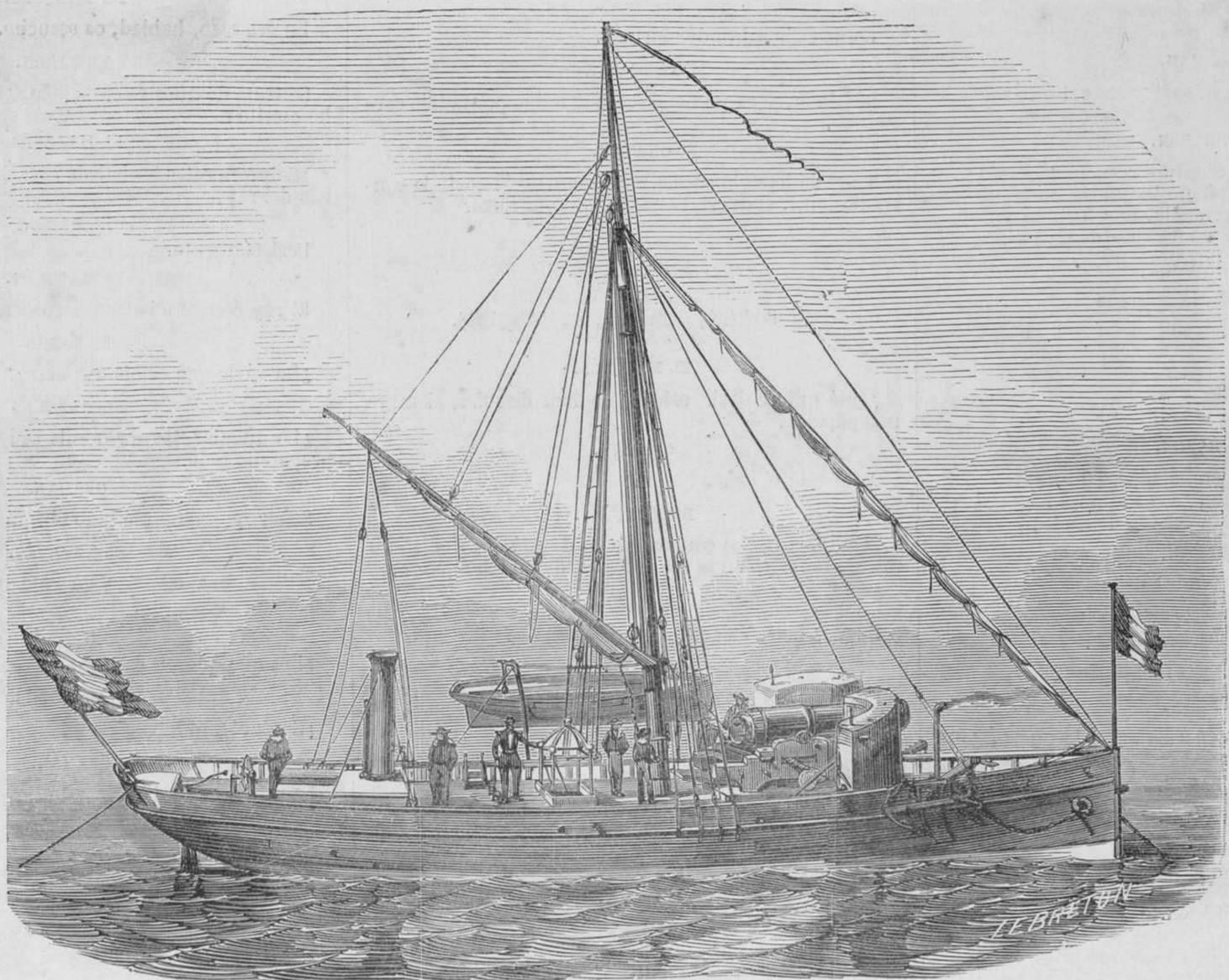
Como puede ver el lector en el dibujo exacto que damos, la pieza contiene porta de batería; solo hay una abertura en el blindaje que acabamos de describir para que pase la bala.

Delante de este formidable aparato el lugar está enteramente limpio; el cañón se carga por la culata.

Dos timones gobiernan el buque, uno á proa y otro á popa. A fin de hacer comprender bien el sistema general inventado por el almirante Dupouy, consignaremos aquí la expresión con que el comandante Duperre define el papel de su buque:

« La cañonera es la cureña del cañón. »

Efectivamente la pieza, salvo un retroceso insignificante, no se mueve jamás; tira siempre y directamente por la abertura practicada en el blindaje protector y en la dirección del branque; cuando se quiere poner la pieza hácia el punto de ataque, como las dos barras obran simultáneamente, se evita la proa sin que haya que desviar la cureña de su posición normal. Los dos timones permiten gobernar el buque en la marcha á proa y á popa.



NUEVA CAÑONERA DE HELICE N° 11, FONDEADA EN EL PUERTO DE IENA EN PARIS.

Inútil es que nos detengamos en hacer comprender la ventaja de este nuevo sistema; para todo hombre que conozca un poco el peligro que tiene un buque débil en presentar el flanco á los golpes enemigos, es evidente que este ofrece una enorme ventaja; las formas delgadas de la proa, único punto vulnerable, tienen una inclinación calculada para que la bala enemiga no penetre y salte sin peligro para el buque.

La pieza es rayada y lanza balas de 48 libras de forma cilindro-ogival; el alcance total es de 7,000 metros y el de combate de 3 á 4,000. Su sistema de carga es tan ingenioso como sencillo y cómodo, y se ejecuta como hemos dicho, por la culata con la mayor rapidez.

El buque se mueve con vela y con vapor. La máquina de diez y ocho caballos que tiene es una obra maestra; la rueda que comunica con el hélice da 200 vueltas por minuto, y en buenas condiciones suministra al buque una velocidad de cerca de tres leguas por hora.

El fondo de la cañonera es llano; la tripulación compuesta de doce hombres, se aloja en camarotes reducidos, pero bien dispuestos para recibir el aire y la luz.

El cañon ha sido ejecutado según las ideas y por los planos del emperador. Esta cañonera tiene el núm. 11, lo que indica que la invención ha sido adoptada y que hay diez del mismo género en Tólon. V. P.

¿QUIÉN PUEDE ESTAR EN TODO?

PROVERBIO

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

(Continuación.)

EL BARON.

Eso es lo que no comprendo. ¿Con que no ha perdido su aturdimiento y sus distracciones de costumbre? ¿Siempre lo olvida todo?

GERMAN.

No es que lo olvide, es que piensa en otra cosa.

EL BARON.

Pues es de absoluta necesidad que mañana temprano esté en camino para Alemania. ¿Y no ha dado ninguna orden para hacer sus preparativos?

GERMAN.

No, señor. Únicamente esta mañana, antes de salir, abrió una gran caja de viaje, y dió varias vueltas en su derredor.

EL BARON.

¿Y qué puso en ella?

GERMAN.

Un papel de música.

EL BARON.

¿Un papel de música!

GERMAN.

Sí, señor; luego cerró la caja y se metió la llave en el bolsillo.

EL BARON.

¿Un papel de música! Siempre con sus locuras. Si el rey supiera esa debilidad, no le habría confiado una misión de tan alta importancia. Por fortuna yo estoy alerta; pero en fin, ¿qué ha dicho, qué ha hecho?

GERMAN.

Ha pasado cantando toda la mañana.

EL BARON.

¿Cantando!

GERMAN.

Sí, señor; y daba gusto oírle.

EL BARON.

Buen prelude para un embajador. Tú que eres hombre sensato, German, dime, ¿se conducirá como es debido en una misión de carácter tan delicado?

GERMAN.

Yo lo creo; no hay mas que hacer reverencias... me parece que yo también saldría del paso.

EL BARON.

Bueno; ¿qué mas ha hecho mi sobrino?

GERMAN.

Ha venido aquí cien veces á llamar á la puerta de la condesa.

EL BARON.

¿Y dónde está esa señora?

GERMAN.

No se ha levantado todavía.

EL BARON.

¿Qué mujer!... ¿No come?

GERMAN.

No, señor; pero cena.

EL BARON.

Otra cabeza sin seso. ¡Buena vecindad para un loco.

GERMAN.

Mi amo se incomodaría mucho si se oyese tratar de esa manera; cuando se le hace notar la menor de sus distracciones, se pone furioso... El otro día quiso levantarme la mano porque echó tabaco en su plato de fresas en vez de echar azúcar, y ayer noche...

EL BARON.

¡Gran Dios! ¡Es creíble que un hombre de mérito, de mucho mérito (pues mi sobrino es hombre de los mas distinguidos), caiga de un modo tan pueril en deplorables extravíos!

GERMAN.

Con efecto, es bien triste.

EL BARON.

Yo le he visto en una contradanza real atravesar con las manos en los bolsillos por en medio de la gente, como si se hallara en un jardín.

GERMAN.

Pues otra cosa muy particular hizo la otra noche en el baile de la señora condesa. Había mucha gente, y M. Vertigo, el poeta vecino, estaba leyendo un melodrama en verso. En medio de la escena mas patética, cuando la joven envenenada reconocía á su padre entre los asesinos, lo que hacía derramar lágrimas á todas las señoras, mi amo se levanta y se va á beber el vaso de agua que el autor tenía sobre la mesa: todo el efecto de la escena se perdió.

EL BARON.

No me extraña; una vez echó dos francos en una taza de té que le presentaba una joven encantadora, creyendo que pedía para los pobres.

GERMAN.

El invierno último estábais ausente cuando se casó su hermano; á él le tocó hacer los honores en el banquete de las bodas. Entré en su aposento para ayudarle á vestir, y me despide diciéndome que se vestirá solo; con efecto, comienza por desnudarse, y se pone á dar paseos en camisa; al cabo de un rato, se detiene y se pregunta con extrañeza: — ¿Qué diantre estoy haciendo? Es de noche ya, me voy á la cama. Y sin mas ni mas se acuesta, y habría olvidado el banquete y la boda, si no le hubiéramos advertido.

EL BARON.

¿Y crees que con tales extravagancias se le puede enviar á Gotha? German, ¡qué compromiso el mio! Es preciso que se cumpla la voluntad del rey; mi sobrino es el enviado, yo no hago más que acompañarle; le dan ese título porque tiene un nombre, el de su padre, que es mas que el mio, y yo respondo de todo.

GERMAN.

Como es hombre de mérito...

EL BARON.

Sin duda, pero eso no basta; me habia prometido corregirse.

GERMAN.

Trata de hacerlo poco á poco, pero no le gusta la contradicción... si quereis creerme... aquí llega.

ESCENA II.

EL BARON, GERMAN, EL MARQUÉS.

EL MARQUÉS.

¿Qué quiere decir esto? ¿Me han de robar siempre mis papeles?

GERMAN.

Aquí está el señor baron.

EL MARQUÉS.

¿Qué has hecho con un papel de música que ahora mismo tenía yo en la mano? ¿Dónde ha ido á parar?

EL BARON.

Buenos días, Valberg; ¿qué os sucede?

EL MARQUÉS.

El mejor día me enfado, y os despido á todos. (Al baron que se rie.) Y á vos el primero.

GERMAN.

Es el señor baron.

EL MARQUÉS.

¡Ah! Perdonadme, mi querido tío; ¿venis pues de París? He perdido un papel de música.

GERMAN.

Apuesto á que es el que ha guardado.

EL BARON.

Ya veis, querido sobrino, que soy exacto; he llegado á la hora. ¿Estais dispuesto á marchar.

EL MARQUÉS.

¿A marchar?

EL BARON.

Sí, mañana temprano.

EL MARQUÉS.

Ciertamente; os juro que si me dicen no, parto y no me vuelven á ver en toda la vida.

EL BARON.

¿Qué significa?...

EL MARQUÉS.

Si me reciben con frialdad, estoy resuelto, lo hago como lo digo.

EL BARON.

Pero ¿qué frialdad puede haber yendo de parte del monarca?

EL MARQUÉS.

¿Qué le importa eso al rey?

EL BARON.

Mucho, puesto que sereis portador de una carta autógrafa de Su Majestad.

EL MARQUÉS.

¿Para la condesa?

EL BARON.

Para la gran duquesa; ¿olvidais que estais encargado?...

EL MARQUÉS.

¡Ah! confundo... y es porque tengo que escribir una carta á la condesa. ¿La habeis visto?

EL BARON.

No, está durmiendo.

EL MARQUÉS.

Entonces dadme vuestra opinion; ¿no obro bien en el asunto?

EL BARON.

¿Qué asunto?

EL MARQUÉS.

Sé lo que me vais á decir; no habeis podido aguantarla nunca, estais reñido con ella, la habeis puesto pleito... ¿Qué ganais con todas esas cosas? Vuestro abogado ha hecho un gran discurso por cuatro cepas de viña, y ahora está en el parlamento. Sus discursos son insensatos; llaman á eso alto político; yo digo que esa no es política, y que la ley no será aprobada.

EL BARON.

¿De qué estais hablando? Se trata de cosas muy serias, y que reclaman toda vuestra atencion.

EL MARQUÉS.

En ese caso, hablad, os escucho.

EL BARON.

Se trata de nuestra embajada. ¿Habeis leído lo que os he escrito?

EL MARQUÉS.

¿Sobre nuestra embajada? Es claro; estoy á las órdenes del rey.

EL BARON.

Perfectamente.

EL MARQUÉS.

El rey conoce mi afecto á su persona.

EL BARON.

¿De modo que estais dispuesto?

EL MARQUÉS.

¿Lo dudais? He dado mis órdenes; German, ¿está preparado todo.

GERMAN.

Señor, yo no he recibido ninguna orden.

EL MARQUÉS.

¿Cómo, holgazan! ¿Y la caja que mandé poner en medio de mi cuarto?

GERMAN.

Si es que quereis cantar en el camino...

EL MARQUÉS.

¡Cantar! ¿Te burlas de mí?

GERMAN.

La música está dentro, y la llave en el bolsillo la tenéis...

EL MARQUÉS.

¿En el?... ¡Ah! es verdad... sin duda me la darian con los guantes y el pañuelo... Esta gente no tiene cuidado con nada.

GERMAN.

Puedo aseguraros...

EL BARON.

Déjanos... no digas una palabra, y prepáralo todo.

(Vase German.) Ahora, Valberg, es preciso que os deje, pues tengo que volver á casa de M. Duplessis á tomar las cartas de la corte. No tengo mas que decir dos palabras; pensad, sobrino mio, que nuestro viaje no es una misi6n ordinaria, y que depende vuestro porvenir de la habilidad que mostrareis en ella.

EL MARQUÉS.

¡Ay! demasiado lo sé.

EL BARON.

Es indispensable que me hagais una promesa.

EL MARQUÉS.

¿Qué promesa?

EL BARON.

La de vencer vuestras distracciones ordinarias, esas flaquezas de espíritu que pueden comprometeros.

EL MARQUÉS.

Sin duda, os lo prometo.

EL BARON.

¿Y lo cumplireis?

EL MARQUÉS.

Como lo digo.

EL BARON.

Ea, pues acabad de dar vuestras 6rdenes; son las seis menos veinte minutos; voy á casa de M. Duplessis, que no está lejos, y volveré á la hora de la comida. ¿Con que me prometéis que seguireis á la letra todos mis consejos? Ya sabéis lo que son los señores de la corte.

EL MARQUÉS.

No tengais cuidado; los conozco y sé cómo gobernarlos. Haré que me escriban los amigos, pero necesito saber el nombre de vuestro abogado...

EL BARON.

¿Qué abogado? ¿Qué quereis decir?

EL MARQUÉS.

Sin abogado, no podeis pedir jueces.

EL BARON.

¡Jueces yo! ¿Para qué?

EL MARQUÉS.

Para vuestro pleito.

EL BARON.

¿Cómo!

EL MARQUÉS.

Habia entendido que tenia yo que ir...

EL BARON.

A la corte de Sajonia.

EL MARQUÉS.

¡Ah! sí, para la embajada. — Estoy un poco trastornado; la condesa es quien tiene un pleito, y yo debo seguirle... ¡Es una mujer encantadora!

EL BARON.

Ya sé que estais atolondrado con ella, y que su vecindad os hace estar aquí encerrado. Pero esa inclinacion no debe ser nociva á nuestros planes.

EL MARQUÉS.

Nada temais; parezco un poco distraido, mas cuando se trata de asuntos graves soy otro hombre.

EL BARON.

En hora buena.

EL MARQUÉS.

Corred á vuestra visita, que de lo demás yo me encargo.

EL BARON.

Veremos vuestra exactitud.

EL MARQUÉS.

Voy á tener cuidado con German, no haga algun disparate.

EL BARON.

Muy bien.

EL MARQUÉS.

Pondré en 6rden mis papeles, que bien lo necesitan.

EL BARON.

Bueno, pero no me detengais.

EL MARQUÉS.

No por cierto; id á buscar las cartas del rey, yo escribiré á mi madre. Además debo dar gracias al ministro; dejaré mis perros á madama de Belleruche, advertiré á todos nuestros parientes, y juzgo que á vuestro regreso será cosa decidida el matrimonio.

EL BARON, deteniéndose al tiempo de salir.

¡El matrimonio! ¿Qué matrimonio?

EL MARQUÉS.

El mio; ¿no lo sabéis?

EL BARON.

¿Qué significa esta burla?

EL MARQUÉS.

No es burla, me caso con la condesa; ¿no os lo he dicho ya?

EL BARON.

No por cierto; esta es otra.

EL MARQUÉS.

Pues sí; y esto me ocupa mucho.

EL BARON.

Pues nadie se casa en vísperas de un viaje; lo dejareis para la vuelta.

EL MARQUÉS.

¡Oh! no; mi suerte se decide hoy.

EL BARON.

No puede ser, amigo mio.

EL MARQUÉS.

Tanto es así, que no partiré sino despues de haber oido su respuesta, y segun y conforme.

EL BARON.

Pero ¿qué tiene que ver su respuesta, sea buena ó mala, con nuestra embajada? ¿Supongo que no pensais ir acompañado de la condesa?

EL MARQUÉS.

¿Y si ella quiere?

EL BARON.

¡Dios mio! ¡una mujer viajando! Sombreros, vestidos, doncellas, gritos en las posadas, gritos por un vidrio roto...

EL MARQUÉS.

Todo eso nada significa.

EL BARON.

Significa mucho; es imposible; en las cartas no se dice que llevareis una mujer, y no sé cómo lo tomarán.

EL MARQUÉS.

Que lo tomen como quieran, me importa poco.

EL BARON.

Pues á mí me importa mucho, y si insistís os declaro... (El marqués se sienta al piano y loca.) (Aparte.) Este muchacho está loco; es imposible que vaya á Gotta. ¿Y qué voy á hacer? Su nombre está en las cartas... Si descubro lo que es, armo un escándalo, y aun cuando lograra que se pusiera mi nombre en lugar del suyo (lo que sería justísimo) el cambio ocasionaria una tardanza considerable. (Se oye una campanilla.) ¡Gran Dios! la condesa llama... Me voy á encontrar á M. Duplessis... Mi querido sobrino, escuchadme.

EL MARQUÉS.

Creí que os habiais marchado.

EL BARON.

Estais muy enamorado de la condesa.

EL MARQUÉS.

El secreto se queda para mí.

EL BARON.

Acabais de decírmelo.

EL MARQUÉS.

No digo que no se me haya escapado.

EL BARON.

Basta de chanza, amigo mio. Yo no puedo hablar á la condesa porque me aborrece, y además tengo prisa. Dos cosas teneis que llevar á buen término, vuestro matrimonio y vuestra embajada; os aconsejo que no sacrifiqueis la una á la otra.

EL MARQUÉS.

Es mi deseo.

EL BARON.

Arrancad una contestacion á la condesa. Si acepta no me opongo á que pase á Alemania; pero eso no puede ser hoy, naturalmente se concibe.

EL MARQUÉS.

Sí, muy naturalmente.

EL BARON.

Mas tarde podria reunirse con nosotros.

EL MARQUÉS.

¡Excelente idea!

EL BARON.

Si dice que no...

EL MARQUÉS.

Entonces la dejo para siempre.

EL BARON.

Justo; una ingrata no merece otra cosa.

(Se continuará.)

Expedicion de Cochinchina.

Tomamos de los partes oficiales y de varias correspondencias españolas y francesas, estos pormenores interesantes sobre los gloriosos triunfos que han alcanzado las armas hispano-francesas en la Cochinchina.

El dia 1° de febrero salieron de Turana los primeros buques destinados á atacar la antigua capital del Camboja, situada á 10° 50' latitud Norte, 112° 54' longitud oriental del meridiano de San Fernando, sobre la orilla del rio Dong-Hai, á veinte y nueve millas de su embocadura, medidas en distancia geográfica, y á unos 40', siguiendo el curso de las aguas por los rodeos del principal de sus brazos.

Los buques de vanguardia eran los de vela españoles *Preciosa* y *Encarnacion*; franceses *Canrobert* y *Port de Bordeaux*, y el vapor de guerra español *Elcano*, á bordo del cual se embarcaron de la clase de jefes, el comandante de estado mayor don Miguel Primo de Rivera y el comandante teniente coronel, capitán de artillería don Francisco Rull. El R. P. Fray Manuel Rivas estaba embarcado en la *Encarnacion* para desempeñar el cargo de intérprete, en el cual prestó servicios. A los tres dias les dieron alcance *El Phlegeton* (donde enarbó su insignia el almirante), *Saone* (que conducia la mayor parte de la fuerza española, con su coronel jefe don Bernardo Ruiz de Lanzarote), *Primauguet*, *Meurthe*, y las cañoneras *Dragonne*, *Avalanche* y *Alarme*, habiéndose vuelto á Turon la *Durance*, por haber tenido avería.

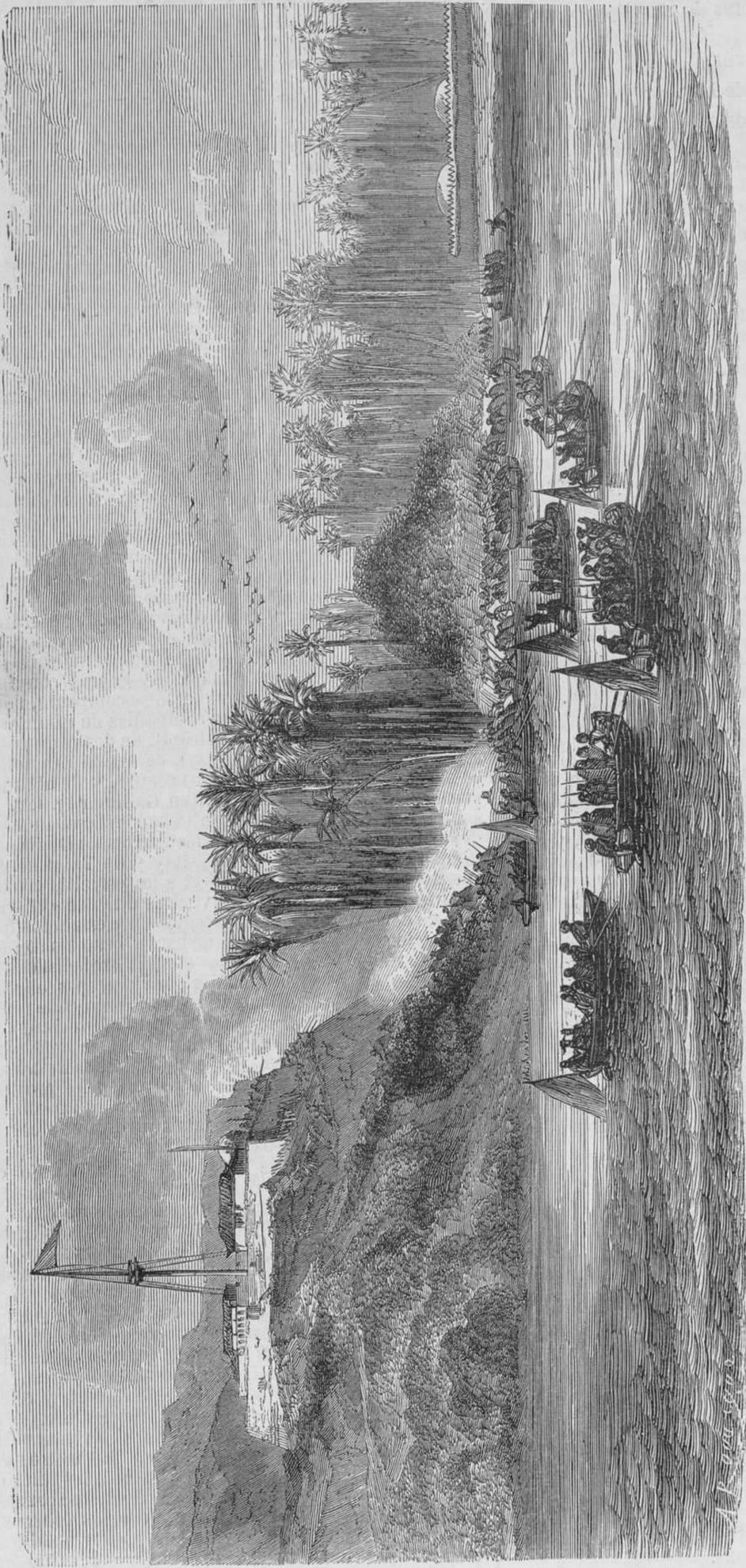
La division se hallaba reunida el 9 de febrero en la embocadura del rio de Saigon, á los cuatro buques mercantes fletados para conducir los caballos del cuerpo expedicionario y las provisiones de material, carbon y ganados. El 10 por la mañana, los dos fuertes que defendian el fondeadero interior del cabo de Santiago, fueron atacados y destruidos. Despues de un reconocimiento hecho á bordo de la *Dragonne* por el jefe de estado mayor Reybaud, toda la division naval anclaba el 11 en el fondeadero de Ngna. El fuerte del Cangio, situado en el camino, fué cañoneado, abrasado por las bombas del *Phlegeton*, y volado de resultados. El almirante subió el rio á la cabeza de dos corbetas de vapor, de tres cañoneras y del aviso español que remolcaba las cañoneras y las canoas armadas en guerra con tres trasportes. El cuerpo de desembarco se componia, además de los marinos, de tres compañías de infantería francesa (teniente coronel Reybaud), de dos compañías españolas (comandante Polanco), de un destacamento de artillería de marina (capitan Lacour), y de algunos zapadores de ingenieros (capitan Gallimard). Con el conjunto de esas fuerzas fueron tomados sucesivamente desde el 11 al 15 de febrero los fuertes de Ongia, de Biguecaque, de Kiala, de Tay-Ray y de Tang-ki. La posicion de esos diferentes fuertes les permitia cruzar sus fuegos para defender las vueltas difíciles del rio. Tres de esas obras estaban protegidas por estacadas formadas de gruesos maderos y de barcos bruk tes sólidamente encadenados. Todas esas obras, abordadas con el mayor impetu, fueron tomadas por las tropas aliadas á pesar de las dificultades de un terreno cenagoso, cubierto de numerosos caballos de frisa y erizado de espinosos bambús. Tomado cada fuerte, se destruian las piezas de hierro, se embarcaban los cañones de bronce, se arrojaban al agua la pólvora y los proyectiles, y la obra misma era arrasada por los zapadores, de modo que el rio abierto no pudiera volverse á cerrar sobre el pequeño cuerpo expedicionario.

Así es que de ataque en ataque y de triunfo en triunfo, llegó este el 15 por la tarde delante de los dos fuertes construidos por ingenieros franceses, que defienden la ciudad de Saigon al Sur, como la ciudadela la defiende al Norte. El 13 se le habia incorporado por el *Pregent*, que llegaba de Hong-Kong con el correo, el comandante de ingenieros Dupré Derouledé.

Apenas la cañonera de vanguardia *Alarme* echó el ancla en el codo que forma el rio por debajo de esas obras, que una y otra rompieron el fuego. Una de ellas estaba oculta por un ribazo: la otra, que mostraba una de sus caras, fué atacada inmediatamente y reducida al silencio. Por la noche se dispuso el almirante al ataque de la segunda. Llegado el dia hizo tomar á los buques sus posiciones de combate, á 800 metros del fuerte, en una línea de frente, y tan cerca los unos de los otros á causa de la estrechez del canal, que desde el puente del *Phlegeton* podia á la vez dar sus 6rdenes á los otros seis buques. Los disparos fueron notables: desde las posiciones armadas por los mejores tiradores de la infantería, llegaban las balas, cayendo sobre las cañoneras enemigas. La contestacion fué viva; numerosos proyectiles herian al cuerpo y á las obras de los buques. Solo despues de tres cuartos de hora, este fuerte, y el de la otra orilla, que habia vuelto á abrir su fuego, principiaron á flaquear. A las ocho, las dos obras cayeron en poder de las tropas aliadas. El fuerte de la orilla derecha fué desmantelado y el de la orilla izquierda ocupado para servir de apoyo á los buques de transporte y de convoy. El comandante Jauregui-berry, el comandante de ingenieros Dupré Derouledé y el capitán de artillería Lacour, fueron enviados al punto sobre la *Avalanche* para reconocer el plano de la ciudadela de Saigon. Esta ciudadela, de frentes bastionados, está situada á 800 metros del fuerte ocupado por nuestras tropas; sus caras, cada una de las cuales presentaba un desarrollo de 175 metros, están cubiertas

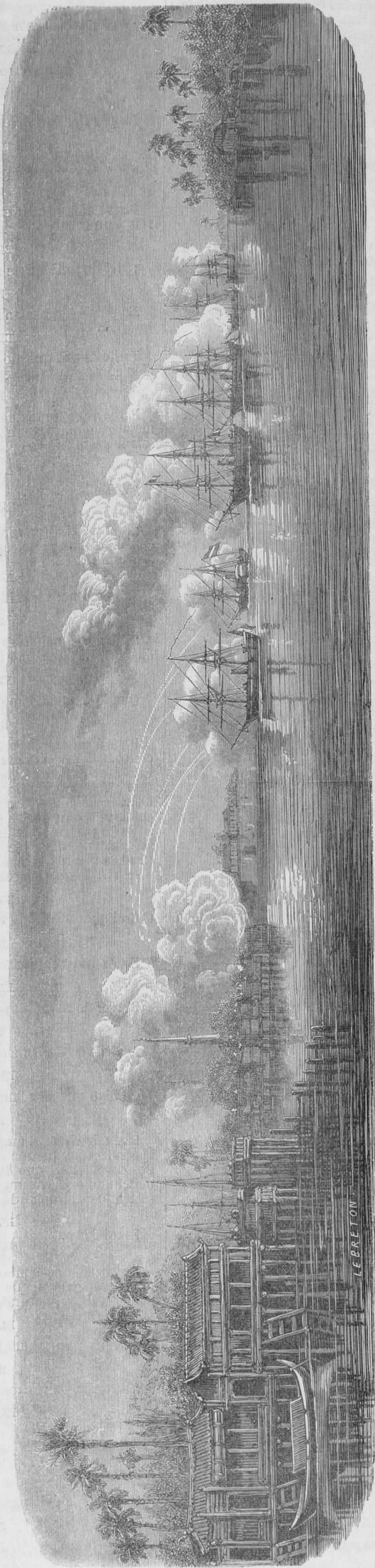
en casi toda su extension por bosques, jardines y casas. No se descubre desde el rio mas que una puerta situada al extremo de una calle de arboles, un mástil de bandera y el techo de algunos grandes almacenes, puntos que fueron señalados con especial cuidado á todos los capitanes.

El 17, al amanecer, tomaban posicion todos los buques: el *Phlegeton* enfrente de la puerta, el *Primauguet*, la *Alarme* y la *Avalanche* delante, y la *Dragonne*, *Elcano* y el *Pregent* detrás. El fuego, muy lento en un principio, fué aumentando poco á poco en intensidad, siempre con tal precision, que bien pronto los disparos del enemigo, cuyas balas atravesaban los mástiles, desmayaron sensiblemente. Era llegado el momento de intentar el asalto: las tropas, lanzadas á tierra, fueron formadas en columna al abrigo de las casas, bajo la proteccion de los morteros y de los tiradores, situados en sus posiciones. Agrupadas las tropas



TOMA DEL FUERTE DE VANTAO EN EL RIO DE SAIGON, EL 10 DE FEBRERO DE 1859.

y disparando todavía el bastion del Sudoeste, el comandante Pallieres recibió la orden de lanzarse en las espesuras que se hallaban sobre la izquierda, con dos compañías de infantería de marina y las compañías de desembarco del *Phlegeton*, del *Primauguet* y de *Elcano*, y romper al abrigo de los bosques, un fuego nutrido sobre las cañoneras que aun conservaban sus piezas. El capitán Gallimard y sus zapadores, fueron asociados á esa columna para hacer volar alguna puerta del fuerte ó facilitar el escalamiento. Una compañía de cazadores españoles, á las órdenes del comandante Polanco, fué encargada de apoyar, en caso necesario, el movimiento de aquella columna. Quedó un batallón de reserva en la playa al mando del teniente coronel Reybaud. Por último, el cuerpo español, mandado por el coronel Lanzarote y el medio batallón de la izquierda de los marinos, se aprestaron á marchar á paso de carga con los morteros bajo los muros de la plaza. El fuego de los tiradores tuvo un éxito completo: el enemigo, herido



ATAQUE DE LA CIUDADELA DE SAIGON, EL 17 DE FEBRERO DE 1859.

en todos sentidos, abandonó sus piezas, y nuestras tropas se lanzaron al asalto por las escalas.

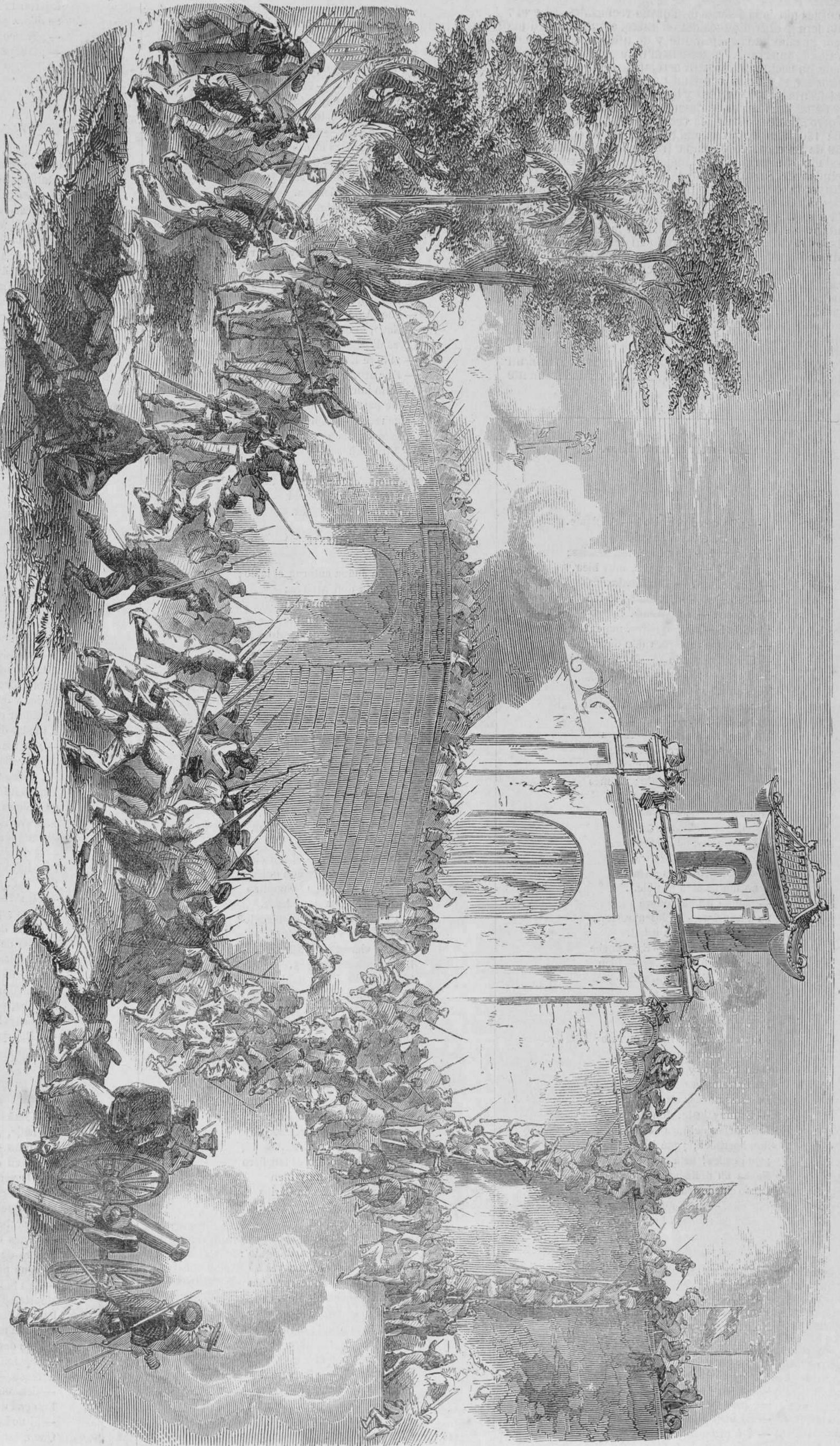
Sin embargo, á nuestra derecha, un grueso peloton de enemigos, mas de mil hombres, sostenia el fuego de fusilería contra una de nuestras compañías de infantería. El coronel Lanzarote fué encargado de rechazarlos con sus tropas mas allá del brazo de rio que bordea la cara Norte del fuerte. Este movimiento fué ejecutado bien y rápidamente. A las diez todo estaba terminado. Por la tarde, las compañías de desembarco volvieron á sus buques, en tanto que las tropas francesas y españolas ocuparon los numerosos y vastos acuartelamientos de la ciudadela. Tal es la narracion de los combates sucesivos que en el curso de una semana nos han hecho dueños de veinte y cinco leguas de rio, defendidas por estacadas y once fuertes, igualmente que de la ciudad y de la ciudadela de Saigon. Las pérdidas del enemigo han sido considerables; las nuestras insignificantes, reduciéndose únicamente á un corto número de heridos. A pesar de las fatigas impuestas á todos por la rapidez de esas operaciones, el estado sanitario del cuerpo expedicionario es tan satisfactorio como puede serlo. La toma de la ciudadela de Saigon y de los fuertes del rio, nos ha hecho dueños de un material considerable: cerca de 200 bocas de fuego de hierro y bronce, una corbeta y siete juncos de guerra todavía en los arsenales. La ciudadela encerraba un arsenal completo; contando lo que habia en los fuertes, puede evaluarse en 20,000 el número de las armas de mano; solo la ciudadela contenia 85,000 kilogramos de pólvora en cajones ó en barriles, sin contar la pólvora en sacos, cartuchos y mixtos. Los proyectiles y las balas estaban en proporción. Los almacenes contenian salitre, azufre, plomo en barras, equipos militares, arroz para alimentar de seis á ocho mil hombres durante un año, y una caja militar que contiene 130,000 francos en moneda del país. La pérdida del gobierno annamita no puede evaluarse en menos de 20 millones.

Dentro de Saigon se han hallado con la canga (martirio chino), una porción de cristianos que han recibido la libertad muy á tiempo, pues el domingo anterior acababa de ser desollado un sacerdote indigena y á estos les esperaba la misma suerte. El extenso espacio de la ciudadela contiene muchos y buenos edificios; los mas notables son cinco colosales almacenes de 140 metros de longitud por 13 de anchura, cuatro grandes casernas, una magnífica pagoda, casas de mandarines y otras construcciones análogas. Se ha apresado una corbeta de forma europea y de 20 piezas. Desde la entrada del rio hasta la toma de Saigon, se han disparado por los aliados 1,025 cañonazos, y han sido cogidas al enemigo infinidad de piezas de todos calibres.

Los alrededores de la población son encantadores. A la entrada del Dong-Nai la vista es deliciosa, aunque su variado verdor es únicamente debido á inmensos mangles; pero á medida que se avanza se empieza á distinguir tierra firme y cultivada entre espesos bosques de árboles elevados y hojosa maleza, hasta presentarse unas vegas fértiles y extendidas, cruzadas de riachuelos é interrumpidas por poéticos caseríos, rodeados de jardines y selvas, donde pululan con pasmada abundancia toda clase de animales domésticos entre elevadas pilas de blanquísimo arroz. Los habitantes llevan turbante y visten largas túnicas que no carecen de elegancia; están mas civilizados de lo que se cree. La pagoda de *Cho-Chien* ha caído por tierra á impulso del pico del zapador por hallarse comprendida en la zona militar del Dongca-the, que se está reedificando para dejar en él algunas fuerzas. La ciudadela de Saigon se estaba minando para ser volada, y los inmensos edificios rellenan-dose con astas de lanza, cajas de fusiles, muebles magníficos, cureñas y otros objetos combustibles. En medio de estos dolorosos, pero necesarios estragos, nos parece poco acertado que muchos libros y documentos que encerraban los archivos perfectamente numerados y organizados, se hayan destinado también á ser pasto de las llamas.

Para apreciar el conjunto de los resultados de la expedición, hay que añadir á él la decadencia de la influencia moral sobre los reinos vecinos, y ese golpe no será menos sensible que el primero. Con esa idea, para pesar á la vez sobre el gobierno annamita y sobre los gobiernos de los países limítrofes, quedará temporalmente en el rio una division naval y se apoyará sobre uno de los fuertes del Sud de la ciudad. Mientras que el cuerpo expedicionario daba en el Sur del imperio ese rudo golpe al poder annamita, el destacamento

ASALTO DE LA CIUDADELA DE SAIGON POR EL CUERPO EXPEDICIONARIO DE LAS TROPAS ALIADAS, EL 17 DE FEBRERO DE 1859.



encargado de la defensa de Turana rechazaba el 6 y el 7 de febrero los ataques del enemigo, alentado sin duda por la marcha del almirante y de una porción de buques de guerra. A consecuencia de una tentativa hecha por los cochinchinos para arrojarnos de la ribera y del fuerte que en ella ocupamos, el comandante Faucon, al frente de los marinos y los soldados de la escuadrilla y de las compañías de desembarco enviadas en su socorro, destruyó baterías cochinchinas, matando mas de 150 hombres al enemigo. A la salida del correo el 29 de febrero, todo estaba tranquilo en Turana, y el estado sanitario había mejorado sensiblemente. La ciudad de Saigon contaba 200,000 habitantes. Estos huyeron en su mayor parte, dejando completamente deshabitadas, sobre 2,000 casas, y entre ellas siete palacios. Las tropas annamitas, tan valientes con los inermes soldados de Cristo, huían á la desbandada, las balas rayadas habían penetrado en las casas próximas incendiando los arrabales. Los preparativos de defensa eran inmensos; interceptaciones formadas con barcas cargadas de hojas secas, el río atestado de balsas de bambús, los arroyos confluentes llenos de barcas incendiarias, en las orillas y hasta sobre los árboles, grandes piedras unidas unas á otras para aplastar á los que pasaban, todo esto se veía, y sin embargo, ni la division naval experimentó averías considerables, ni entre las tropas españolas y francesas ha habido ningun herido en la toma de la ciudad, cosa verdaderamente admirable.

La murmuracion.

I.

— ¿Da usted permiso? — Adelante.
— Señora, estoy á sus piés.
¿Cómo va? — Muy bien, mil gracias;
¿Y usted? — Mil gracias, muy bien.
— ¿La señora? — Tan famosa.
— Me alegro. — Gracias; ¿se fué
El esposo? — No, ya sale.
¿Andrés! — ¿Qué quieres, mujer?
— Ven, que te espera don Cándido.
— Si está ocupado... — Aunque esté.
Ya llega. — ¡Mi buen amigo!
Vengan los cinco. — Los diez
Con toda el alma. — Usted grueso
Como siempre. — Ya se ve;
No estoy de mal año. — Ahora
Le tengo que reprender...
— ¿De veras? ¿Y por qué causa?
— Porque es un ingrato; un mes
Hace ya que no nos honra
Con sus visitas. — Ayer
Volví de Toledo... — ¿Si?
— Corto mi viaje fué;
Pero he tenido estos días
Doscientas cosas que hacer
Y no me ha sido posible...
— Siendo así perdonaré
Su ausencia. — Yo los aprecio...
— Como nosotros á usted.
— Muchas gracias. — Esta noche
La consagro á ustedes. — Bien.
Dentro de algunos instantes
Vendrán á tomar el té
Algunos cuantos amigos.
En confianza se lee
Algun drama; se habla un rato;
Se echa luego un ecarté
O un tresillo, y de este modo
La extremada pesadez
De estas noches sempiternas...
— Es muy justo, don Andrés:
Las noches del mes de enero
Son horribles; ¡qué llover!
¿Qué calles! Está la villa
Hecha un muladar. — No sé
Como puede transitarse
Por ella. — Si es menester
Andar en zancos: hay puntos...
— Luego como el gas no es
Gas, ni cosa que lo valga...
— Si estamos á oscuras. — ¡Pues!
Y si luego el empedrado
Fuese cual debiera ser...
Pero ¡quía! el ayuntamiento
No hace caso; y aunque cien
Y cien vecés los diarios
Clamen todos á la vez,
El continúa teniendo
Oídos de mercader.
— Cosas de España, señora.
— Es bien seguro, si á fe.
— Y á propósito de España,
¿Qué hay de noticias? — No sé.

— Señor don Cándido, ¿ahora
Con esa nos sale usted?
— ¿Pues qué hay, señores? — ¡Friolera!
El ministerio... — ¿A caer
Va por ventura? — ¡Si estamos
En plena crisis! — Pardiéz,
Que lo ignoraba; estos días
Ni un periódico tomé
En las manos. — En la córte
Ya nadie ignora el pastel.
— ¡Un pastel! — Ochenta y cinco
Votos contra diez y seis;
Una completa derrota.
— ¿Y se ha designado quién?
— Corren mil candidaturas;
Pero hasta ahora se cree...
— ¿Qué? — Que no hay nada resuelto.
Si subiera el conde de...
— O el general don... — A mí
No me sabría muy bien...
— Pues á mí sí. — Mas ¿qué causa?
— Nada, lo que dijo Andrés:
Cosas de España, don Cándido.
— ¡Pobre España, y cuál se ve!
— Es claro, con tanto pícaro
Y tanto intrigante... pues!
— Me parece que alguien llama.
¡Muchacha! — ¿Qué manda usted?
Mira quién llega, y alumbrá.
— Voy, señora. — Guapa es
La criada. — Si no fuera
Tan floja... mas ¿qué he de hacer?
Las fregonas de Madrid
Son todas de este jaez.

(PARENTESIS.)

(Doña Juana entorna el labio;
Se levanta don Andrés;
Entran algunas señoras;
Al verlas se pone en pié
Don Cándido; sigue á esto
El consabido entremés
De los besos y saludos
De ordenanza; se hace el té;
Los demás van acudiendo,
Y entre charlar y sorber,
Se critica con ahinco
Y á nadie se da cuartel.)

II.

— ¿Saben ustedes, señoras,
Que se casa la Isabel?
— ¿Que se casa? — Si por cierto.
— ¿Se puede saber con quién?
— Con un jóven muy cumplido
Que es propietario en Jerez.
— ¿Y cómo le echó el anzuelo?
— ¡Qué sé yo! lo cierto es
Que se vieron en el Circo
De la plazuela del Rey,
Cierta noche allí se hablaron,
Se entendieron, y anteayer
Fueron á la vicaría.
— Buena boca tiene el pez.
No he visto mujer mas sosa...
— ¿Y adónde me deja usted
Su fealdad?... tiene los ojos
Saltones... — Pues ¿y la tez?
— ¿Y la cintura? — ¿Y las manos?
— Tan grandas como los piés.
— Añada usted un geniázo
Peor que el de Lucifer...
— Sin embargo, no es tan fiero
El leon... yo sé muy bien
Que tuvo amores con Carlos
De Sandoval... — Si, ya sé:
El aprendiz de poeta
Que hace coplas á granel.
— Pues como os iba diciendo:
Carlos la obsequió una vez
Y ella no dió grandes pruebas
De su arrogante desden.
Estaba mas derretida
Que la cera al sol; al mes
De relaciones, la pobre
Se desvivía por él
Y le celaba... — ¿De veras?
¡Vaya una ridiculez!
— No le dejaba un momento;
Pero el poeta novel
Llamóse andana; hubo lenguas
Que en teatros y cafés

Dijeron mil perrerías...
Se dijo... yo no sé qué.
— ¡Fresco está el pobre consorte!
— ¡Compadezco al de Jerez!

III.

— ¿Conocen ustedes uno
Alto, flaco, un si es no es
Canoso, que gasta frac
Azul, chaleco piqué,
Guantes color de manteca,
Gran cadena de *double*,
Y unos quevedos atroces
Grandes como el redondel
De la plaza de los toros?
— ¿Que parece un portugués
Segun lo grave y finchado?
— Sí. — Que se suele poner
Junto al director de orquesta
En el teatro de Orien...
— Sí, sí. — No diga usted mas:
Si mas conocido es
Que la ruda. — Yo su nombre
Ignoro. — Bartolomé
De los Alcázares; antes
Era Alcázar solo. — ¡Eh!
¿Qué tal el mozo? ¿se explica?
— Pues le han hecho la merced
De una encomienda. — ¿Y qué méritos
Son los suyos para ser
Comendador? — Los ignoro;
Lo que solamente sé
Es, que en un pronunciamiento
Charló él solo mas que diez,
Y gracias á sus pulmones
Fué jefe de un comité.
Luego de su patriotismo
Haciendo alarde, crecer
Se le vió como la espuma;
Vino á la córte despues,
Y adulando y arrastrándose
A las plantas del poder
Ahora dice que es de hombres
Sabios y de buena fe
Rectificar opiniones
Y mudar de parecer.
— ¿De manera que ya olvida
Su procedencia? — Eso es.
¡El pobre tiene unos humos
Y unas infulas!... se cree
Que ahora piensa titular
Y convertirse en marqués.
— Pues buen provecho le haga.
— Eso digo yo tambien;
Pero hay cosas que me irritan.
Suponed, señores, que...
— ¿Qué? — Yo no sé si lo diga...
— Pues ¿qué es ello? — Lo diré.
El señor de quien se trata,
A pesar de su altivez,
Segun dicen malas lenguas,
Es hijo de un cordobés,
Que en Córdoba el cordoban
Zurraba, para comer.
— ¡Já, já! ¡Vaya un caballero!
— ¡Hay ya tantos como él!

IV.

— Mañana da la condesa
Un baile, ¿quién viene, quién?
— Yo no. — Ni yo. — Yo tampoco.
— ¡Si su casa es un burdel!
— ¿De veras? — Como lo digo.
¡Va una gente tan soez!
Mejor que el ir á su casa
Iré á un baile en Lavapies.
— ¿Pues cómo tolera eso
Señora de tanto prez?
— ¡Qué prez, ni qué diantres, hombre!
— ¿Es pobre? — Donde caer
Muerta no tiene siquiera;
Pero es tonta, y venga bien
O venga mal, en su casa
Quiere dar y sostener
Recepciones, bailes y otros
Excesos. — ¡Rara sandez!
— Como tiene á las tres hijas
En edad de merecer...
— Si no hay dote, será en vano
Que astuta tienda la red.
— Pues es claro; en este siglo

De ilustracion y saber,
No hay pergamino que valga
Tres ochavos; que me den
Buenos billetes de Banco,
Y al punto renunciaré
Mis escudos y mi árbol
Genealógico. — Ya el rey
Del mundo solo es el oro.
— ¿Y en qué tiempo no lo fué?

V.

— Son las doce, y me retiro.
— ¿Tan pronto nos deja usted?
— Cuando ya todos se fueron
No es justo que yo me esté.
— Como usted guste, don Cándido.
¿Vendrá por aquí otra vez?
— En ello tendré, señora,
Un verdadero placer.
— Siempre usted viene á su casa.
¿Qué le ha parecido... — ¿Quién?
— Nuestra tertulia. — Muy buena
Y escogida. — Ya se ve;
Todos son de confianza,
Y á todos los quiero bien.
Aquella jóven tan guapa
Del vestido de chiné
Es una pobre... algo sosa,
Eso sí; mas la cruel
De su madre, la que estuvo
Junto á mí tomando el té...
— ¿Y el señor de los bigotes
Canosos? — Faccioso fué.
— Es lástima; y aquel otro
Jóven, pálido... — Ese es
Todo un literato. — ¡Hola!
— Tiene chispa, escribe bien;
¡Pero es tan desapicado!...
Nunca le he visto coger
Un libro. — Pues escribir
Sin estudiar, yo no sé...
— Tendrá ciencia infusa. — Puede.
¿Y el otro jóven, aquel?...
— Es novio de la rubita
Del abrigo de glase
Que estaba enfrente de mí.
— Al punto lo adiviné.
— Claro está, se ponen juntos
Pegados á la pared,
Y en tratándose de amores
Dicen: «aquí nos las den.»
— Cosas del mundo, señora.
— Pero es muy feo... — Sí es.
Vaya, Andrés, adios; Juanita...
Estoy á los piés de usted.
— Hasta mañana. ¡Muchacha!
Alumbra. — Gracias, se ve.

VI.

— ¡Así se rompa una pierna!
— ¡Juana, no seas cruel!
— ¿Has visto un hombre mas posma?
— Gracias á Dios que se fué!
— Siempre has de estar murmurando.
— Pues no que tú... miren el...
— Pero, Juana, si ya pasa
De castaño... — Mira, Andrés,
Mas vale que en derredor
Alguna vuelta te des,
Y entonces verás tus faltas
Que no son pocas. — Mujer,
¡Tienes un genio endiablado!
— ¿Y tú?... pues si yo no sé
Como hay quien pueda sufrirte;
Siempre estás gruñendo; es
La costumbre de tu madre.
— Deja á mi madre, mujer;
La pobre está en la otra vida...
— Muy bien está donde fué.
— Juana, ya me vas cargando.
— No me lo digas, infiel;
Ya sé que estás fastidiado
Y que no me puedes ver.

VII.

Después de soltar la esposa
Una coz, cincuenta, cien,

El esposo los estribos
Pierde, le sale á la piel
El carmin de la vergüenza
Y la cólera; se cree
Herido en su orgullo; intenta
Sus derechos sostener;
Da una puñada en la mesa
Y al suelo viene el quinqué;
Se mancha la alfombra; grita
Doña Juana su mujer;
Ladra el perro; bufa el gato;
El loro dice á su vez:
¡Ay qué regalo! ¡ay-ay-ay!
Los criados en tropel
Acuden luego solícitos
Creyendo que empieza á arder
La casa; en tanto el sereno
Pasa cantando *las tres*,
Y los vecinos de al lado
Dan golpes en la pared:
Truenos, granizos, relámpagos,
Juana chillaba, ruge Andrés;
Mientras que yo, desvelado,
Reniego de ella y de él,
Y al cielo en ruego ferviente
Le pido lleno de fe,
Que de sus lenguas me libere
Por siempre jamás amen.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

Las consecuencias de una mancha de aceite.

Rogelio de Cancale, jóven empleado en el Monte de Piedad, que queria hacer el millonario y el marqués, halló un día una de aquellas felices conjunturas que, como vulgarmente se dice, solo se presentan una vez en la vida del hombre. Estuvo á punto de realizar la quimera y el sueño de toda su vida, y de encontrarse con lo que hacia diez años se esforzaba en parecer con tanto ardor, es decir, poseer rentas, buenos caballos, un palacio no imaginario, lacayos empolvados y galoneados, casas de campo, parques y un palco en la Grande Opera. Todos estos esplendores brillaron por un instante á sus ojos y se desvanecieron despues como el humo. Tanta opulencia solo dependió de un hilo, ó por mejor decir, de una... pero no anticipemos los sucesos.

Sepan Vds. que nuestro vizconde habia tenido en otro tiempo la dicha extrema de cautivar á la encantadora y rica viuda la baronesa Dorliska de la Fenouillère, quien con su corazon y su mano debia traerle un dote de cincuenta mil escudos de renta, acumulados por el difunto baron, proveedor bajo el imperio, y transformado en hidalgo bajo el reinado de la rama mayor, mediante una suma de diez mil francos, que era entonces el precio corriente de los títulos de nobleza. Además, segun decia el rentista Zamet, amigo de Enrique IV y de Gabriela de Estrées, el hombre que *posee tres millones* no puede ser plebeyo. Nosotros no podremos decir cómo se habia manejado Cancale para hacer esta conquista: mil causas habian concurrido á este resultado capital. El nudo gordiano de su corbatin habia podido seguramente contribuir á ello. Las botas de charol en las cuales se miraba este nuevo Narciso, debian tambien reivindicar una parte en este brillante resultado. Su extravagante chaleco no podia menos de cautivar la mas viva de todas las baronesas. Su aplomo, su fatuidad, el tono decidido en que hablaba de sus tierras y de sus criados, no habian contribuido poco á fascinar á esta última, cuyo corazon no era una roca. En una palabra, en el torbellino de un vals á dos tiempos, ejecutado el invierno pasado en un baile oficial, el vizconde, que era de los mas hábiles en este ejercicio gimnástico tan agradable á la nueva juventud dorada, se habia atrevido á arriesgar una declaracion en forma, que su Francisca de Rimini, arrebatada con él en el espacio, habia escuchado con amable sonrisa. Al concluir la espiral, todo quedó arreglado, habiéndose declarado mutuamente su amor. ¡Qué de prisa se va cuando se valsa!

Al sabado siguiente, dieron libre curso á los tímidos deseos tanto tiempo comprimidos, y concertaron que se verificaria el casamiento en la primavera inmediata. El vizconde era demasiado hábil para tratar de quemarse en un fuego ilegítimo. ¡Ay! en el momento en que ya brillaba para él la casta antorcha del himeneo, un celoso quinqué derramó una lágrima, y esta, que debia ocasionar otras muchas, vino á caer precisamente en el cuello del frac del futuro esposo de Dorliska.

A la mañana siguiente, al pasar una solícita revista de inspeccion á sus vestidos, cómplices de sus gloriosos triunfos, y al cantar entre dientes el reiran del gran poeta nacional:

Ah! mon habit! que je vous remercie!

apercibió con espanto una odiosa mancha que se extendia y pavoneaba sobre la cima de su elbeuf número uno. En vano frotó, raspó y acepilló el sitio donde la horrible señal habia hecho eleccion de domicilio; solo consiguió hacerla mas visible.

El aceite es uno de aquellos foragidos que no abandonan fácilmente su presa: era una maravilla verle como se extendia y como impregnaba la suave y blanda trama, oscureciendo con su lívido matiz el fresco color del tejido.

Cancale debia en aquella misma mañana hacer una visita á la baronesa, quien al despedirse de él la noche antes, habia dejado caer lánguidamente de sus labios esta suave palabra: «¡Hasta mañana!» Faltar á este convite, infringir esta orden, hubiera sido perderse y suicidarse, matrimonialmente hablando.

El vizconde, desesperado, pensó primero en el quitamanchas; pero prescindiendo de que este industrial vende sus servicios á peso de oro (tres francos y medio, precio justo de un par de guantes blancos), era ya demasiado tarde para poder recurrir á su ministerio.

El tiempo urgia, y el vizconde, abismado en sombrías meditaciones, se puso maquinalmente su deslucido frac, tomó su sombrero, y bajando los cinco tramos que conducen á su cobacha de la callejuela en donde vivia, llegó al muelle siguiendo melancólicamente la acera cubierta con la sombra de algunos haces de espinas condecorados con el nombre de tilos por la autoridad municipal. Con las manos en sus bolsillos y la nariz al aire, parecia buscar en la atmósfera alguna inspiracion é implorar la Providencia.

Presentóse esta repentinamente bajo la forma de un quidam que llevaba en la cabeza un sombrero, en otro tiempo blanco, torcido como la torre de Pisa, con un enorme par de patillas, un corbatin encarnado y una anchurosa levita de castorina. Este personaje, que estaba recostado en el parapeto sobre el cual habia puesto una cajita de hoja de lata, dió un brinco al aspecto del vizconde y se le abalanzó.

— ¡Dios mio! ¡qué hermosa mancha! exclamó; ¡señor! ¡por amor del arte, permitidme que la haga desaparecer!

En el mismo instante cogió por el cuello á Cancale, y empezó á frotar vigorosamente con una especie de sustancia azulada que tenia en la mano, muy parecida, sin miedo de equivocarse, al jabon llamado de legia.

El vizconde abrió tantos ojos, y vuelto en sí de su sobresaltada distraccion, creyó ver un ángel libertador en el brusco gitano que acababa de obstruirle el camino.

— ¿Quién es Vd.? le preguntó.

— ¿Quién soy yo? respondió el otro; caballero, tenéis en vuestra presencia al inventor privilegiado del célebre jabon oleaginoso-vegetal, fruto de mis exploraciones en todas las partes del globo, comprendida la Polinesia y el archipiélago de las islas Marquesas. Con este jabon, compuesto solamente de simples cogidos en las montañas mas elevadas del globo, quito todas las manchas de los que quieren honrarme con su confianza. No hay frac, ni paletó, ni generalmente tela alguna por grasienta que sea, que en pocos minutos no se vuelva limpia, neta, nueva y brillante como una pieza de dose cuartos; todo esto, caballero, todo esto por la módica bagatela de diez céntimos, ó dos sueldos, viejo estilo.

Al decir estas palabras, el industrial, cuya levita testificaba por escrito la grande opinion que tenia de su jabon, sustancia tan preciosa á sus ojos, que no se atrevia á servirse él mismo de ella; el industrial, repito, seguia empastando con un ardor sin igual el cuello del frac del vizconde.

Seducido este con tan elocuente discurso, se estuvo quieto y esperó en confianza el resultado de la operacion.

En este momento fatal llegó á sus oidos el ruido de un coche. Una brillante carretela tirada por dos magníficos caballos desapelados venia corriendo por medio de la calle. Cancale miró y... ¡qué golpe de escena! ¡tiemblo al pensarlo!... reconoció á la divina baronesa sentada en el fondo. ¿Qué genio maléfico, qué demonio vomitado podia llevarla allí en aquella hora y por el excéntrico y anti-elegante muelle llamado Pelletier? ¡Acerte quien pueda este misterio! Lo cierto es que Cancale aterrado al aspecto de su querida, perdió en este crítico momento toda su presencia de alma hasta el punto de saludarla vulgarmente, cortándose la retirada, haciendo imposible la negativa y manifestando por sí propio su triste y deplorable identidad. El vértigo que algunas veces se apodera de nosotros en el momento de un extremo peligro, puede solo explicar esta inalficible aberracion.

La baronesa, que hasta este momento no habia reparado en Cancale, se puso roja de confusion y de cólera al reconocer en el caballero que tan torpemente la saludaba, al radioso vizconde en manos del industrial, de equivoco semblante, que acabamos de pintar. Mordióse los labios de vergüenza y ordenó á su cochero que castigase á sus rápidos normandos para alejarse de allí, no sin haber lanzado al desgraciado *dandy* una mirada de soberano desprecio y de fulminante ironía.

El vizconde, aterrado, confuso y estupefacto sintió un sudor frio que le corria por todas partes. Con la boca abierta, las piernas estiradas y la vista instintivamente clavada en la veloz carretela, llevándose todos sus dorados sueños, se quedó inmóvil, sin aliento y sin voz, como si en el acto le hubiese cabido la suerte de la excesivamente curiosa mujer de Loth.

El privilegiado inventor del célebre jabon oleaginoso-vegetal le sacó de su letargo diciéndole:

— Ya está Vd. listo y limpio. Me debe Vd. diez céntimos por haberle quitado la mancha...

— ¡Miserable! ¡no ha sido mi mancha lo que me habeis quitado, sino mi amada! exclamó con esten-

tórea voz el desgraciado vizconde, vuelto ya en sí y convencido de la triste y horrible realidad.

— ¿Qué es lo que dice este figurín? repuso el hombre del corbatín encarnado: ¿no le he quitado á Vd. la mancha? ¡mi dinero al instante! ó de lo contrario...

El desgraciado Cancale pagó y se marchó mas muerto que vivo, conservando sin embargo aquella vaga esperanza que no abandona al hombre en medio de los mayores reveses.

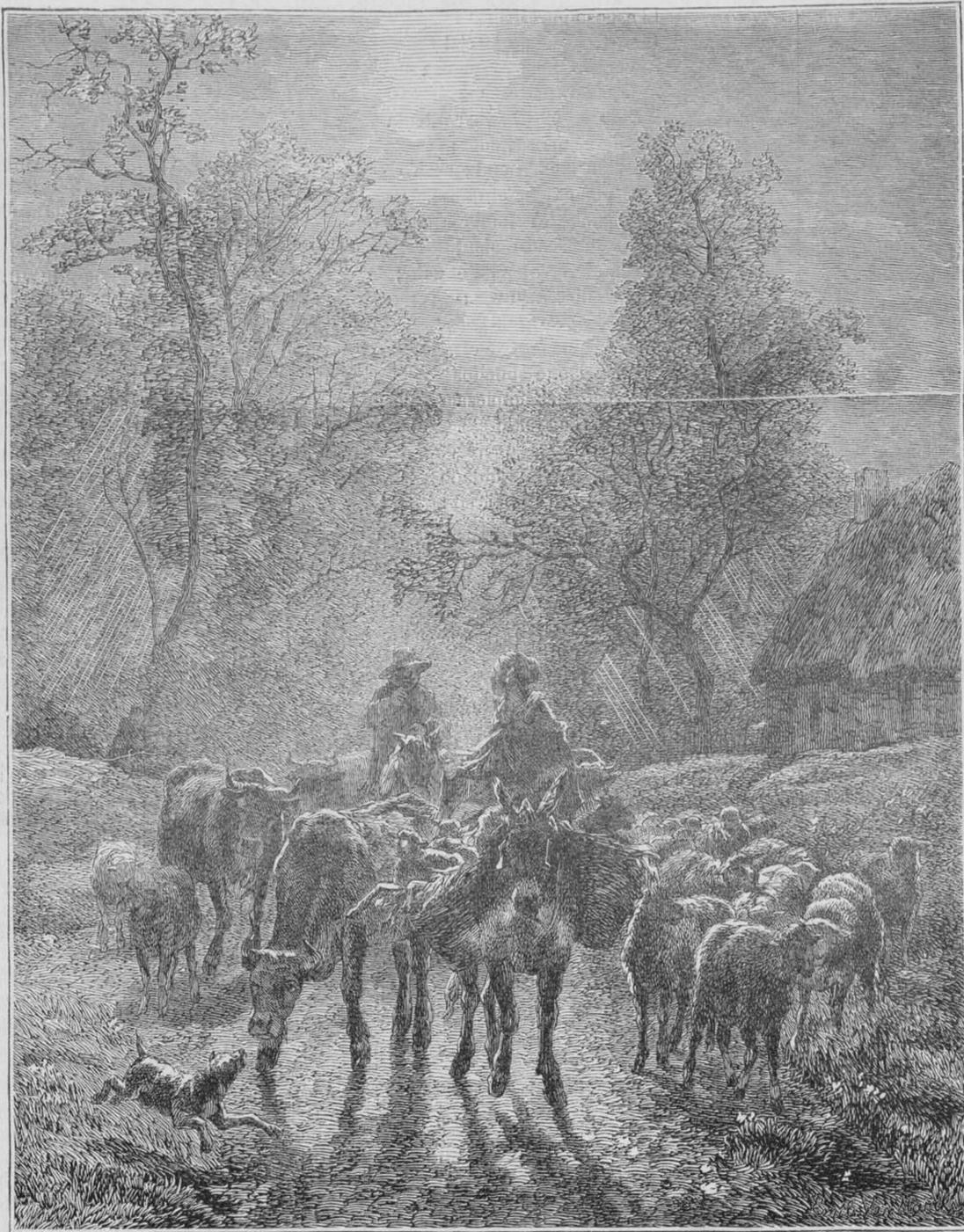
Pero esta se desvaneció bien pronto. Aquella misma tarde recibió por el correo en su mentido domicilio una esquila concebida en estos términos:

« Caballero, es inútil que os presentéis en mi casa segun era vuestro designio. Jamás podré aficionarme á un hombre que se quita las manchas en medio de la calle.

Firmado, la baronesa D...
de la F... »

Este billete tan lacónico contenía dos inexactitudes que nuestro carácter de historiadores nos obliga á reparar. Primeramente no fué en la calle sino en el muelle donde el desgraciado dandy había sido sorprendido *in fraganti* de contrabando leonino; y despues no se habia hecho quitar mancha ninguna como suponía la baronesa, porque al día siguiente apareció la mancha mas floreciente que nunca. Desde este día ha resistido á todos los cáusticos y no ha cesado de progresar, de tal modo, que el vizconde puede parodiar el célebre dicho de Francisco I en la batalla de Pavia, tan á propósito y tan verídico, que *todo se ha perdido, excepto la mancha*.

R. S.



FESSART.

EXPOSICION DE 1859. — LA MARCHA AL MERCADO, cuadro por M. Troyon.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES

DE 1859 EN PARIS.

La impresion general es este año lo que ha sido en los años anteriores; lo mas visible en la escuela francesa, es por una parte la escasez de composiciones históricas, y por otra la abundancia de cuadros de género y de paisaje. Se nota igualmente la ausencia de una direccion poderosa; mil arroyuelos sin ningun rio; mucha independencia individual y por consiguiente una gran diversidad de estilos. Como la literatura francesa, la pintura tiene todos los estilos y aun afecta aquellos que no tiene. Hay sin embargo algunos hombres que continúan tratándola con un respeto concienzudo, como una obra de fe y de ciencia que exige mucho estudio y no puede prescindir de la correccion; pero esos artistas tímidos se quedan fuera del movimiento. Las tendencias se inclinan á la libertad individual, á la inspiracion fácil y á la ejecucion mas fácil todavia. Sobre todo se aspira á las cualidades exteriores del arte. Ese impulso dominante de los espíritus es malo, ó cuando menos, es insuficiente; pero abre la carrera á los talentos mas variados, y como abundan esos talentos, la escuela francesa conserva una superioridad incontestable. Además, al visitar la Exposicion de este año se debe tener en cuenta que los grandes maestros Ingres, Leon Cogniet, Couture, Gleyre, H. Vernet, Decamps, Meissonnier y Rosa Bonheur no han presentado nada.

Como á pesar de estos ausentes el número de cuadros expuestos es muy crecido, trataremos solo en esta revista de la Exposicion que comenzamos hoy, de aquellos cuya repro-



LA PETICION MATRIMONIAL, cuadro por M. Fortin.



LA VISITA DEL CURA, cuadro por M. Van Muyden.

duccion por medio del dibujo hayamos juzgado conveniente y útil.

Sin otro exordio, daremos principio á nuestra tarea :

GENDRON : — La Salvacion. — El catálogo nos dice que este asunto perfectamente tratado por el artista está sacado de un cuento de hadas. ¿No valdría mas dejarnos creer que ese hermoso caballero con armadura de oro es Roger, y que la beldad que se lleva consigo sobre el hipógrifo es Angélica, á quien acaba de salvar del mónstruo? Un jinete que se cierne sobre las olas del mar y que lleva una montura tan peligrosa, debería poner mas atencion en dirigirla, y por consiguiente no debía llevar tan flojas las riendas; pero la juventud es imprudente, y además con tan bonita compañera de viaje pueden permitirse las distracciones á un campeón tan valeroso como Roger. Sin duda alguna es Roger; la misma naturaleza de su distraccion nos lo está probando, pues parece inspirada por estos versos del Ariosto :

Ruggier si va volgendo, e mille baci
Figge nel petto e negli occhi vivaci.

Por si el traje demasiado aéreo de la viajera alarmara á las personas escrupulosas sobre el desenlace de la aventura, recordaremos que una vez en tierra la hermosa Angélica, invocando las virtudes de un anillo mágico, se hizo invisible á Roger, que se quedó atónito con semejante procedimiento y con aquella falta de gratitud :

Scornato vi rimase e stupefatto.

VAN MUYDEN : — La visita del cura. — El nombre de Van Muyden, artista suizo, ha adquirido cierta celebridad en Paris, aunque ha hecho pocos envíos á las exposiciones francesas. Este pintor nacido en Lausana en 1818 estudió con diferentes maestros, y sobre todo en Munich con Kaulbach. Pasó bastante tiempo en Roma donde recogió asuntos para las pequeñas composiciones que há pintado despues, y en las cuales ha sabido expresar con finura y elegancia los tipos italianos. Van Muyden posee un conocimiento muy precioso de la luz y de sus efectos, y este es el carácter risueño y poético de su pintura.

En la Exposicion de Paris hay cinco cuadritos de Van Muyden; *Una escuela de niñas en Albano*, donde se nota perfectamente el contraste de la ligereza de la niñez con la sequedad pedantesca del tirano femenino; el *Corredor del convento de Pallazuolo, cerca de Albano*, y un *Capuchino en su celda*, composiciones que respiran la calma y la serenidad del convento; — *Una pulga*, asunto un poco vulgar, pero tratado con reserva, y por último, la *Visita del cura* que reproducimos.

Todos estos cuadros atestiguan el espíritu observador del artista en el carácter que ha sabido dar á los personajes que pone en escena, así como sus grandes conocimientos en el claro-oscuro y en los efectos de luz. La ejecucion es esmerada. Unicamente nos parece que el pintor abusa de los tonos grises que dispone como una gasa sobre los objetos; ese medio infalible para alcanzar la armonia tiene el inconveniente de sacrificar el tono local.

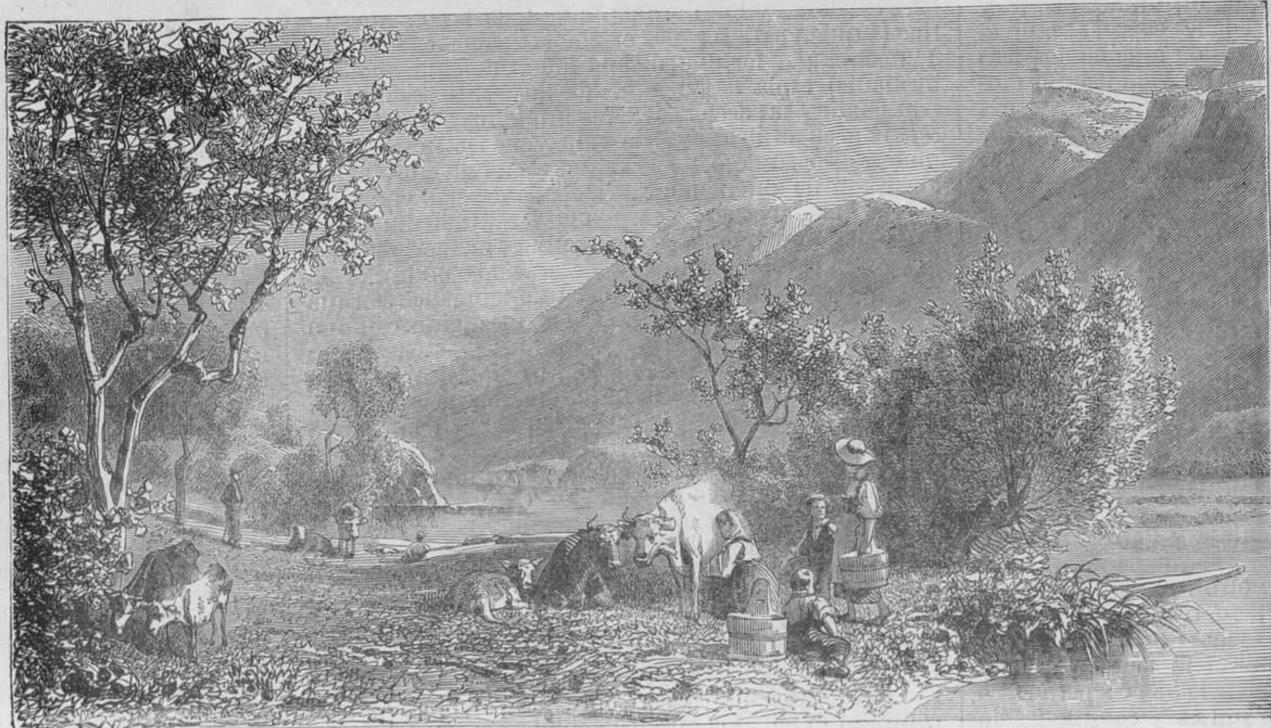
ANTIGNA : — La bajada.



EXPOSICION DE 1859. — LA BAJADA, cuadro por M. Antigna.



LA SALVACION, cuadro por M. Gendron.



PRADERA Á LA ORILLA DEL AAR EN EL OBERLAND DE BERNA, cuadro por M. Karl Girardet.

— Esa escena de niños que arrastran la rama de un árbol con su follaje, á modo de trineo, está pintada con la facilidad y la franqueza que distinguen á ese artista. Quizá hablaremos de otras composiciones mas importantes que ha presentado este artista cuando examinemos entre las obras de género las de los realistas, cuyo partido crece de día en día.

FORTIN : — La peticion matrimonial. — M. Fortin es hace mucho tiempo uno de los hombres mas adictos á la escuela realista. Ordinariamente se inspira en la Bretaña que estudia en todos sus rincones, en sus chozas mas sombrías y miserables.

Este año ha expuesto varios *Interiores rústicos*, tristes moradas donde habitan sin duda «la moderacion y la virtud,» pero donde

nunca se verá ninguna de las comodidades de la vida. Bajo esas cabañas de ramas donde apenas penetra un poco de luz, sólo se descubren algunos objetos, que sin tener las formas de muebles hacen las veces de tales. Todas las pinturas de M. Fortin son por el estilo.

Sin embargo, hé aquí un *Efecto de sol*; pero ese rayo de luz expira á la entrada de una triste choza y en la espalda de una vieja que está hiriendo; y como si el pintor se avergonzara de ese exceso de luz en una de sus pinturas, no termina su cuadro, que se queda al estado de bosquejo.

Por lo demás, nada le amedrenta; ni la fealdad en las figuras, ni el negro en el colorido. Nunca se abandona á la imaginacion; es de una verdad cruel que contrista y aflige.

En prueba de esto no hay mas que examinar su cuadro titulado : *la Fiesta del abuelo*; ¡qué abuelo tan terrible! Da miedo verle. — Hemos elegido entre sus composiciones para reproducirla aquí la escena que nos ha parecido mas agradable y es la que lleva el titulo de : *Peticion matrimonial*. El embajador es por cierto bien extraordinario.

Segun las costumbres del pais, dice el catálogo de la Exposicion, «un mendigo es el mediador oficial de todas las alianzas y el dispensador de los maridos.» Dios os guarde de casaros nunca con una mujer de semejante traza, y sobre todo no quiera el Señor que os encontréis jamás en un punto extraviado y solitario con semejante mendigo.

En todas esas escenas tratadas por M. Fortin se nota mucha verdad; este es un mérito; pero á menudo se deplora que la dureza de la ejecucion se reuna con la dureza del asunto.

TROYON : — La marcha al mercado. — Los cuadros de este artista figuran entre los mas notables de los que se ven en la Exposicion; la mayor parte de ellos son de grandes dimensiones. M. Troyon ocupa un puesto muy importante en la escuela francesa contemporánea, y es uno de los pintores mas afamados en su género. Por el dibujo que damos de una de sus obras principales, la *Marcha al mercado*, podrán juzgar nuestros lectores cuál es el carácter de su talento artístico.

M. KARL GIRARDET ha expuesto una bonita coleccion de paisajes cuyas escenas tienen casi todas por teatro la Suiza. Este artista se distingue por su estilo fácil, siempre agradable á la vista, aunque á veces peca por falta

de verdad. Reproducimos su *Pradera á la orilla del Aar en el Oberland de Berna.*

J. D. P.

Grupos y tipos matritenses.

GUSTOS QUE MERECE PALOS.

De gustos no hay nada escrito, dice el refrán, y es una solemne mentira, autorizada, como tantas otras, por una convención tácita del vulgo; pero por si fuese cierto y no hubiese nada dicho sobre la materia, yo voy á escribir, yo voy á consignar mi opinion; y no hay que taparme la boca con aquel otro apotegma no menos vulgar de que *Sobre gustos no hay disputa*, porque me atreveria á demostrar su falsedad evidente, como que todas las disputas son precisamente ocasionadas por diversidad de gustos, y digan lo que quieran los *Diccionarios* y *Panléxicos* mas corrientes y autorizados, y la *Filosofía vulgar* de Malara, y los *Refranes* de Nuñez, y los *Sinónimos* de Huerta, y el *Tesoro* de Covarrubias, y las *Etimologías* de Cabrera, esta es la verdad, y así me convencerán de lo contrario, como por los cerros de Ubeda. Punto y aparte.

Ibamos diciendo que la variedad de los gustos ó inclinaciones ocasiona las diferencias sustanciales entre los caracteres humanos, así bien como la disparidad de las facciones imprime diversos aspectos á la fisonomía. De esta infinita variedad física y moral de la especie humana, procede en último resultado su equilibrio y perfecta armonía; porque no hay duda que si todos nacióramos inclinados á una misma cosa, y esta cosa fuese solo una, entonces si que serian mas serias las disputas sobre su gusto y posesion; y si todos y todas fuéramos tambien idénticos en figura, bastaba á cada cual contentarse con la suya, y quedaba destruida por su base la afinidad, la atracción, la fuerza centrípeta... Pero nos vamos extraviando en la ideología... *Retour-nons á nos moutons.* — Volvamos á nuestros borregos.

Aquí no se trata de disimular el gusto general (que es lo que sin duda quiso prohibir el refrán), sobre lo cual desde Aristóteles, y muchísimo antes, hasta Rabadan, y muchísimo despues, se han dicho y escrito muchas y buenas cosas; tampoco vamos á mirar la materia en su aplicacion á la cocina, pues nada podríamos añadir á la espiritual y sabrosa *Fisiología del gusto* de Brillat Savarin; ni bajo su mas sublime y dramático aspecto, del amor, lo cual no podríamos intentar sin ofender la memoria del vetusto Ovidio y del moderno Balzac; ni en fin pretendemos engolfarnos en el estudio y análisis de las pasiones, como Aliberto y el padre Huarte, ni aun siguiera en calcular sus fundamentos físicos, con la *Cranioscopia* del doctor Gall ó la *Frenología* de Cubí en la mano.

Nada de eso: nuestra mision es mas modesta, muchísimo mas reducida: tomamos por hoy de los gustos humanos una módica ración, y salpimentándola como Dios me dé á entender en nuestra cocina, intentaremos servirla calentita al respetable público que tiene la bondad de honrarnos con su confianza — y pare Vd. de contar.

Quede pues sentado que la materia es vasta, inmensa, infinita; que sobre ella se ha dicho mucho y se ha disputado grandemente; y que á pesar de los adagios vulgares, todavia dará mucho que decir, muchísimo y recio que disputar; que hay gusto bueno, gustos naturales, heroicos, sublimes y agradables; mal gusto, y gustos ridículos, necios y extravagantes; gustos que reclaman admiracion y respeto; gustos que requieren estudio; gustos que piden imitacion; gustos en fin que merecen palos. — De estos últimos, amados oyentes, tomamos argumento para dirigiros hoy nuestra palabra fraternal.

Nadie de vosotros negará el libre albedrío, por ejemplo, á mi vecino don Pánfilo, que disponiendo de una buena renta y salud cumplida, de un humor alegre y una cierta edad (la mas incierta de las edades, segun el poeta inglés) prodiga sus riquezas en espléndidos festines, en magníficas *soirées* á que convida todo el mobiliario manducante y saltarin de nuestros salones aristocráticos, sin duda por la satisfaccion que debe causarle el ver citada su casa en las gacetas de los periódicos ó en los *Souvenirs* de las coquetas, pues este gusto que proporciona á sus amigos y aficionados, además de los gozes consiguientes al disfrute de las fiestas del amable anfitrión, el placer inefable de comentar su vanidad, mofarse de su petulancia y ridiculizar su magnificencia, si van Vds. á oír á sus herederos, á sus acreedores y á sus vecinos, es una usurpacion que comete contra sus esperanzas y derechos, una perturbacion de su reposo, y atentado contra su tranquilidad. Segun los primeros, el gusto de nuestro don Pánfilo es acreedor á encomios, flores y gacetas; segun los últimos, merece palos; y como yo soy de los comprendidos en esta categoría, no hay que preguntarme á cual de los pareceres me inclino.

A la señora doña Dorotea Ventosa y Panza-al-trote, viuda de no sé qué título amortizado, la da por el contrario el gusto y la mueve en otro sentido la inclinacion. — No recibe en su casa; pero recibe y admite los agasajos que la hacen en las ajenas; no es caritativa en el sentido directo de la palabra, ni se desprende de una parte de sus bienes en beneficio ajeno; pero es filantrópica á la moda: dirige juntas y comisiones de

barrio; inventa rifas caseras, y espande voluntariamente por fuerza sus billetes y acciones entre todos sus amigos y allegados; no costea las funciones religiosas, las comidas de los pobres, ni la cura de los enfermos; pero pide á la puerta de la iglesia, y cobra, en pro de aquellos objetos sagrados, el portazgo de todo prójimo que pisa sus umbrales; no dispensa favores ni proteccion propia á ningun necesitado; pero recomienda á todo el mundo por medio de cartas á sus conocidos, y á los mas remotos conocidos de sus amigos; asiste á las audiencias de los ministros cargada de esquelas y memorias en nombre de quien quiera que le confie su pretension; visita á los jueces, y les habla en pro de cualquiera causa que oyó relatar; va á llevar informes oficiosos y apologeticos de los criados que buscan acomodo; memorias autógrafas de la condicion y circunstancias de los novios presuntos ó deseados; noticia de las enfermedades y posibles muertes á los herederos; de mudanzas probables á los que buscan habitacion; de almonedas y gangas á los que andan á caza de ellas; de remedios caseros é infalibles á todo el que padece cualquier achaque; de aniversarios, bodas y bautizos á los músicos festeros de la murga. — No puede negarse que esta activa matrona es en cierto sentido una utilidad social, y que su gusto é inclinacion aparente son dignos de elogio y gratitud; pues con todo eso no faltan autores que las colocan entre los gustos que merecen... otra cosa.

¿Y qué recetaremos al del otro ciudadano que sin mas estudios ni opinion propia sobre la ciencia política que los que le suministra cotidianamente el periódico á que está suscrito, se lanza en los mares borrascosos de la oposicion sistemática contra todo lo existente, de la controversia de todo lo posible, de la propaganda de todo lo hiperbólico ó ideal? — En vano su familia, su casa y sus propios intereses, reclaman su tiempo y su atencion; en vano suscita en contra suya las enemistades políticas, los sinsabores y las persuciones; en vano sus amigos huyen de su incansable locuacidad y su frenético entusiasmo; en vano sus contrarios pretenden convencerle con las armas del raciocinio. Las tribunas de las cámaras, las redacciones de los periódicos, las mesas de los cafés, las sillas del Prado, los salones del Ateneo, del Casino y de las sociedades privadas, las tiendas de la calle de la Montera, y los corrillos de la Puerta del Sol, son los teatros cotidianos, eternos y obligados de sus discusiones y peroratas; los talleres donde produce sus noticias; las fábricas donde elabora y espande gratis sus opiniones; y entre tanto sus enfermos (si es médico) se están muriendo á toda prisa, y reclamando á voces su asistencia y solicitud; sus litigantes (si es letrado) se presentan huérfanos de defensa ante la formidable acometida de la parte contraria; sus discípulos (si maestro) esperan en vano sus lecciones sobre el Fuero Juzgo, la obstetricia, ó la pila galvánica; sus comensales (si fuese negociante) el éxito del recibo de sus géneros, del giro de sus letras ó de la colocacion de sus fondos; sus parroquianos (si almacenista) que abra la tienda para surtirse del azúcar ó el almidón.

Ahora díganme Vds. si en conciencia este gusto de disputar impolíticamente de política, es de aquellos de que dispensa el refrán, ó de los que merecen mas bien el epígrafe de este artículo.

Pues quiero que no sea tan vago ó indeterminado el objeto de otro *quidam* en la agitacion febril de su existencia y medios de accion; quiero tambien que menos bilioso y acerbo se incline tambien á mirar los negocios públicos por el lado favorable; que su entusiasmo brote espontáneo á la vista de cualquier magnate, ó con la simple lectura de cualquier acto del poder; que nuevo Panglós crea firmemente que todo sucede por el bien, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles; que la eterna sonrisa de sus labios, en fin, y la movilidad elástica de su espina dorsal, den á conocer á primera vista la ductilidad de sus opiniones, la moderacion de sus deseos y la actitud curvilínea del humilde pretendiente.

Mueble obligado de toda antesala, adorno exótico de toda escalera, y figura saliente de todo tapiz, nuestro tipo (á quien para ser mas original suponemos poseedor de una regular fortuna, de una independiente y dorada medianía) espia desde aquellos modestos recintos el semblante y las acciones de los ministros y magnates, sonríe á su ceño ó soporta impávido las inequívocas muestras de su desden; su cabeza y su móvil fisonomía aprueban de antemano, antes de haber sido emitidas, las palabras del poderoso; su mano alarga indistintamente á todas las opiniones su estereotípico memorial. — ¡Y todo ello para obtener una condecoracion ó un uniforme con que realzar su persona; un título fantástico con que disfrazar su nombre, ó un sueldo mezquino con que trocar su independencia y tranquilidad! — Este gusto es un gusto como otro cualquiera (se nos dirá): — verdad es; pero en nuestra humilde opinion merece palos.

A otro le suele dar por ocupar su vida en la controversia forense, y repartir entre los ávidos curiales que *han hambre y sed de justicia*, su tiempo, sus bienes y su inmensa é incansable actividad. — Contra estos buscavidos no hay derecho seguro, no hay posesion tranquila, no hay independencia asegurada de su furor. Pleiteará con sus vecinos sobre gabelas y servidumbres caseras, con sus arrendatarios por sus condiciones, con su casero por sus plazas, con sus amigos por sus opiniones, con sus criados por sus cuentas, con sus hijos por sus legítimas, y con su mujer por su carta dotal. Hallará comentarios que hacer sobre las palmas de todo contrato, evasivas contra toda obligacion, refugios con-

tra todo compromiso, pretextos para toda querrela, argumentos para toda demanda, y fruicion en todo intrincado laberinto curial.

A falta de familia y relaciones íntimas, y no teniendo á la mano sugetos sobre que ejercitar su accion y demanda, los buscará y provocará por todas partes: en las reuniones, en los espectáculos, en las calles y paseos; reñirá con este por haberle quitado la acera, con aquel por no haberse descubierto al saludarle, con el otro porque le miró fijamente, con el de mas allá porque le volvió, sin mirarle, la espalda. Si tambien llegasen á faltarle cuestiones ó motivos propios sobre que reñir, se mezclará é identificará con los ajenos, apadrinará á uno de los contendientes, escribirá los carteles ó arreglará las condiciones del encuentro, y como el maton que pinta Rojas:

« Si el duelo en dos llega á oír
Que satisfecho no está,
Aunque esté acabado ya,
Los hace otra vez reñir. »

Hay quien, mas apacible y armónico, limita sus gustos al placer de no hacer nada, ó á hacer visitas de cumplido (que para el caso es lo mismo); á instalarse todas las noches en un café, ó á pasar todos los dias en pié á la puerta de una tienda; á formar corro delante de cualquier músico ambulante ó perro saltarin; á dar á todo el mundo la razon y aplaudir todo lo que miran; á pescar con caña en el légame del canal, ó á cazar gorriones en las alturas de Chamartin. — Hay tambien quien toda su atencion convierte hácia el estudio de las modas, y para quien es un suceso el descubrimiento de un nuevo lazo en la corbata ó de un corte nuevo del pantalon. — Y quien consagra su inteligencia y entusiasmo juvenil á componer nuevos apóstrofes á la luna y á escribir billetes apasionados á la mujer que no los comprende, ó composiciones festivas al público, que tampoco los quiere comprender. — Para estas existencias bienaventuradas no hay anatema posible; contra estos gustos inofensivos no hay armas en nuestro arsenal; pero el lector juzgará si es afectada nuestra reticencia ó si en realidad pudiera ser aplicable á ellos el consabido remedio.

De aficiones inocentes son tambien calificadas las de aquellas jóvenes doncellas melindrosas y traviesas que reparten su vida entre los cuidados de su tocador y los cariños del falderito habanero ó del gatito de Angola; entre la ensenanza del loro indiano, del pintado ruiseñor ó de la rústica codorniz, y el riego de sus macetas ó el telégrafo del balcon; que se pasan las noches de claro en claro entre un tomo de Zorrilla y una entrega de Eugenio Sué, y los dias de turbio en turbio alarmando constantemente á la vecindad con los rinfonzados de su piano, ó las fermatas de su garganta; que sostienen una activa correspondencia con medio Café Suizo y medio Casino; que saben de memoria el escalafon del ejército, y tienen abierta á cada oficial su hoja particular de servicio; que provocan continuamente á músicos, pintores y poetas á pagarlas tributo en su *Album* correton; que son indispensables acompañamiento y precisas operarias en todo simulacro militar, en toda procesion religiosa, en todo paseo, asonada ó reunion popular; que prospectos vivos de las modas parisienses y muestrarios ambulantes de fábricas y almacenes, ofrecen á sus aficionados (*amateurs*) sus agraciadas personas, ilustradas con toda clase de dibujos y caprichos, grabadas con todo el primor del arte por sus manos mismas, y estampadas en el papel continuo de su gracia coquetil.

Ediciones populares y económicas, aun mas que las de las bibliotecas á real la entrega, pues que se ofrecen á nuestro estudio y á nuestras miradas *gratis et amore*, « con gracia y con amor, » que traduciria libremente alguno. — ¿Quién ha de ser el cruel que decreta castigo, y castigo tan cruel, á tanta filantropía? ¿Quién el que enarbole el látigo de la sátira contra gustos tan humanitarios? Seguramente que á ellos si que no pega lo de los palos, pero por si pega ó no, bueno será consignar aquí la duda.

Algo menos indulgentes pudiera ser que nos mostrásemos con la vetusta matrona que, no sabiendo, ó no teniendo á mano á quien darse (despues que el mundo y la carne la abandonaron, y hasta el diablo volvió la espalda asustado de su rugosa faz), está dada á perros y á gatos, y cuida amorosa y maternalmente hasta una docena de ellos, en cuyo sustento y educacion científica emplea las tres cuartas partes de su módica viudedad; ó la que, convirtiendo su persona en *ánima vili* de experiencias médicas, busca alternativamente á sus soñadas dolencias remedios infalibles en los glóbulos homeopáticos ó en los pases magnéticos, en los baños de la hidropatía ó en el vomipurgante de Le-Roy, bello ideal de médicos y boticarios, y á quien de seguro no recetarán éstos el remedio que cuelga por cabeza de este artículo: — tampoco la hacienda nacional tendrá motivos de queja contra la otra, cuya nariz, bomba aspirante de rapé, contribuye largamente con esta indirecta al sostenimiento de la industria cubana; — ó la que, infatigable cabalista de ambos y ternos, cambia cada dia sus doblones positivos por los fugaces papelitos de la renta; — por último, nada diremos de la que abandona la aguja y el dedal por la pluma y el tintero, y escribe copias eléctricas á mil oscilaciones por minuto, ó novelas vaporosas de la fuerza de cuarenta caballos, porque para estas no sabemos si será bastante el consabido remedio, á no ser propinado en el nuevo establecimiento de Leganés.

Llamaremos en fin la atención del lector hacia los gustos y aficiones igualmente inocentes del honrado ciudadano, « buen padre, buen esposo y buen salchichero, » que le da por mangonear en cofradías y en hermandades, por disponer ó presidir entierros, por concertar y repartir candidaturas para las elecciones, por intrigar, tal vez en nombre propio, para servir una carga concejil. — Consignaremos expreso el gusto del otro individuo-omnibus, que á trueque de que se lo llamen, sirve de hombre bueno en todos los juicios conciliatorios, ó por parecer actor hace de persona que no habla en todas las comedias caseras; — el del autor novel que acomete á todo viviente con la lectura de sus mamotretos; — el del aplaudir gratuito de todo espectáculo, del convidado de piedra á todo festín, del poeta repentista de todo brindis, del cantor aficionado de todo desconcierto musical; respetaremos el gusto del pretendido numismático que trueca las monedas áureas isabelinas por roñosas medallas celtíberas, acuñadas en la fábrica de Segovia; el del aficionado que llena sus galerías de Rafaeles y Murillos póstumos; el del erudito que anda á caza de libros impresos antes de Gutenberg. — Muchos de estos bibliógrafos, cuadrófilos ó medallívoros no tienen otro objeto en sus colecciones que obedecer á su instinto de colectividad, ó cultivar la ciencia; en tal caso no hay para qué decirles una palabra, tanto mas, cuanto que en el pecado llevan la penitencia; pero los hay de ellos que con sus monedas y antiguallas pretenden comprar la opinión de sabios profundos, de inteligencias fósiles y organizaciones antediluvianas; hay también quien llena sus aristocráticos salones de aquellos magníficos mamarrachos, con el objeto ostensible de pasar por artistas y Mecenas espléndidos; y quien diligente escudriñador de libros y mamotretos viejos, los reúne y apila con el único objeto de sustraerlos á la circulación, de monopolizar su disfrute, de estancar en sus manos su anhelada propiedad; verdadero Harpagon literario que ya nuestro Quevedo adivinó cuando dijo:

« No es erudito, que es sepulturero
Quien solo entierra cuerpos cada día:
Bien se puede llamar libropesía
Sed insaciable de pulmón librero. »

A estos y otros gustos por el estilo pudiera aplicar su teoría el célebre y discreto autor de la *Apología de los palos*.

Por lo que á nosotros toca, y á pesar del título demasiado brusco con que hemos encabezado este artículo, ya se sobreentiende que no fué nuestra intención aplicarle en su sentido estrictamente vegetal, ni diría bien con nuestra suave condición y blanda correa tan material y grosera demostración; quisimos decir cuando hablamos de palos (y no se entienda por esto que vamos á entonar la palinodia), que hay refranes para todo; y que si hay uno que dice *Sobre gustos no hay disputa*, hay otro que responde; sí, pero *Gustos hay que merecen...* las gracias por habernos dado materia para probar que se puede escribir sobre ellos.

EL CURIOSO PARLANTE.

UN DESAFÍO.

I.

CARLOS MELVILLE A EDUARDO VERNILLIER.

Querido amigo: para el 23 pienso abrazarte en París. Adolfo no ha querido venir conmigo; se he quedado en Baden acompañando á mi querida Eugenia Duval, y encargado de protegerla durante mi ausencia. Me ha sido necesaria mucha energía y motivos bien poderosos para decidirme á este viaje y á una separación de cortos momentos. No habrás olvidado que huérfanos los dos, desde la mas tierna edad fuimos adoptados por nuestra tía, que nos prodigó las mas tiernas y las mas afectuosas caricias. Su piadosa solicitud jamás llegó á desmentirse, y cuando intereses de consideración la obligaron á establecerse en París, y mientras que recorriamos el mundo buscando en él nuevas inspiraciones, de cerca y de lejos ha continuado velando siempre sobre nosotros, sosteniéndonos con sus consejos, y llenándose de orgullo cada vez que nuestros pinceles obtenían el mas pequeño éxito. Hubiera sido la peor de todas las acciones si la indiferencia y el olvido hubiesen sido el pago de este amor. Y por lo tanto no he querido contraer un himeneo del cual depende toda mi felicidad y todo mi porvenir, sin obtener de esta segunda madre el consentimiento que sin duda alguna tendrá mucho gusto en concederme.

Dos palabras bastarán para pintarte á Eugenia, á quien tú no conoces todavía. En cuanto á su belleza, está dotada de una rara hermosura, y en cuanto á su corazón, es un ángel; así es que en vez de amor, siento por ella un delirio, una ciega idolatría. Sin embargo, en el fondo de mi conciencia y de mi corazón, te confieso que tiemblo al contraer esta unión, que por otro lado es el colmo de todos mis deseos, porque la voz de mi razón me dice que no soy el solo que esté enamorado de ella. Mi hermano la ama también, y por efecto de una su-

blime abnegación, afecta en su presencia la mayor calma y tranquilidad. Mi rostro se cubre de un frío sudor al trazar estas líneas, mi mano tiembla y mis ojos se oscurecen. Acaso para conquistar mi dicha, ¿me veré precisado á romper la afección que me ha unido á él hasta el día? ¿Y cómo no podrá sentir Adolfo la pasión que me consume por Eugenia? Gemelos de nacimiento, ¿no lo somos también, hasta cierto punto, de ideas y de sentimientos? ¿No ha puesto igualmente Dios en el fondo de nuestras almas la misma semejanza que en nuestros semblantes? ¡Oh! esta idea traspasa mi corazón. Un día le sorprendí llorando, y le vi ponerse pálido al escuchar mis palabras amorosas al hablar de aquel ángel celestial... Dime que me engaño, amigo mío, pruébame que soy víctima de una ilusión, inspírame la fuerza necesaria para no sondear este misterio, porque conozco la imposibilidad de darle esta prueba de afección, y porque aun disputaría á Dios mismo á Eugenia.

CARLOS MELVILLE.

Eduardo Vernillier leyó esta carta con suma emoción, porque amaba sinceramente á los dos hermanos, y pensando en esta admirable armonía, en esta conformidad maravillosa que reinaba entre ellos, no dudó de la realidad de la desgracia que Carlos le anunciaba.

La recepción de esta carta precedió solo dos días á la llegada de su autor. Era este un bello y elegante joven de veinte y cinco años, que manifestaba las mejores disposiciones, y cuyos expresivos ojos, que á veces arrojaban un aire de melancolía, y otras manifestaban una impetuosa vivacidad, anunciaban un alma apasionada é impresionable. Los dos amigos se abrazaron cordialmente y entraron en los pormenores de una conversación íntima y amistosa, en la cual no tienen parte alguna los secretos ni los misterios. Poco tenía que decir Eduardo á su amigo, porque su vida había estado absolutamente exenta de aquellas borrascas del corazón, que solo tienen el triste privilegio de trastornar completamente el alma. No sucedía otro tanto á Carlos: todos sus pensamientos, todas sus ambiciones y esperanzas los tenía cifrados en la hermosa Eugenia Duval.

Dotada esta de una educación esmerada, de una agradable figura y de un carácter sensible, era verdaderamente una joven perfecta. Su padre, después de una carrera laboriosa practicando la medicina, se había retirado á Baden, para gozar tranquilamente de la fortuna que sus talentos le habían hecho adquirir, y lejos de desaprobár la inclinación de Eugenia, había por el contrario fomentado estos amores, porque todo contribuía á hacer esta unión posible y honrosa: posición, edad y sentimientos.

Entre los dos hermanos había preferido á Carlos, no porque de parte de ella hubiese habido al principio una distinción marcada, sino porque este, que era mas expansivo, había sido el primero que la habló de amor, atreviéndose á pretender una mano que encerraba toda su felicidad.

Adolfo, menos valiente ó mas tímido, se había contentado solamente con sufrir y amar, considerándose feliz aceptando la parte dolorosa de un drama en el cual su hermano debía hacer el principal papel.

Carlos había vagamente adivinado, según hemos visto, estos heroicos sacrificios, y en vísperas de casarse con Eugenia, se estremecía á la idea del golpe fatal que iba á llevar Adolfo: dió parte de sus tormentos á Eduardo, el cual pudo convencerle de que á pesar de la admirable semejanza de los hermanos, no existía el menor indicio capaz de hacerle creer que inevitablemente tuviesen ambos los mismos objetos de afección.

Estas palabras hicieron desaparecer por un momento la melancolía de Carlos, de modo que convinieron en acabar el día en el teatro de la Opera, para el cual lograron con dificultad dos lunetas. Pero ¿qué fragil y misteriosa es la existencia humana! Carlos salió en el entreacto, y al volver á entrar en el teatro, vió que su puesto se hallaba ocupado: aproximándose á la persona que lo había tomado, la manifestó con mucha atención que sin duda se había equivocado, rogándole al mismo tiempo le cediese su sitio, pues que había dejado en él un guante que debería estar allí todavía.

El hombre á quien se dirigían estas observaciones tenía un semblante sombrío y altanero. Sus espesos bigotes canos y el inmenso corbatín negro que ceñía su cuello anunciaban una rigidez enteramente militar: su levita perfectamente abotonada y la cinta roja en el ojal, su actitud imperiosa y decidida no dejaban la menor duda sobre su profesión. Al oír las reflexiones de Carlos, volvió la cara á otro lado, y arqueando ligeramente las cejas, echó sobre él, sin responderle, una mirada desdeñosa y provocativa.

— Esta luneta me pertenece, caballero, dijo Carlos con voz algo viva: tenga Vd. la bondad de cederla de buena voluntad para evitarme el disgusto de exigírsela.

— ¿Es de Vd.? ¡no me importa! no me muevo de aquí.

— No extrañará Vd. que me apodere de ella, repuso Carlos cogiendo por el cuello al desconocido.

En este momento la mano de este último cayó sobre el rostro de Carlos.

Sin gritos ni amenazas, se dieron una cita: solamente, después de concluida la función, el desconocido, al pasar junto á Carlos, le miró con atención y le dijo, observando atentamente el efecto que debían producir estas palabras:

— Hasta mañana, caballero, yo soy el general D...

Carlos conocía este nombre como todo el mundo, porque el que lo llevaba había adquirido en Francia, sobre todo en París, una terrible celebridad. Nadie ignoraba que gracias á una mortífera destreza acompañada siempre de su buena suerte, habían sido víctimas desgraciadas todos cuantos se habían puesto delante de este hombre.

Por enérgica que sea el alma, es menester convenir en que los momentos que preceden á un desafío son sumamente crueles, porque en estas ocasiones es cuando mas pesan los vínculos sociales. Carlos pasó la noche ocupado en escribir y en pensar, y mas de un sentimiento, mas de un recuerdo vinieron acaso á hacerle titubear. A la mañana siguiente se acordó de que era hombre.

Juzgando Eduardo que la injuria recibida públicamente hacia imposible cualquier género de conciliación, se limitó solo á hacer el papel de padrino sin ensayar el de pacificador. Por otro lado no ignoraba que Carlos era uno de aquellos hombres que reunían la ciencia al carácter; que podía y sabía batirse. Sin olvidar no obstante ninguna de las precauciones que le imponía el encargo que había aceptado, estipuló las condiciones del combate de acuerdo con los padrinos del general, y quedaron todos convenidos que el desafío se verificaría en el bosque de Vincennes, á la inmediación del pueblo de San Mandé, y que los dos adversarios se colocarían á veinte pasos de distancia: que además la suerte decidiría el derocho de tirar primero.

Carlos tuvo la precaución, antes de salir del coche, de entregar una carta á Eduardo, rogándole que en caso que la suerte le fuese adversa, la dirigiese al suplente, á su hermano Adolfo.

— Le dirás que su nombre y el de Eugenia han expirado en mis labios con la vida.

Eduardo apretó sinceramente la mano de su amigo, lo cual equivalía á una promesa.

— Gracias, repuso Carlos, sonriendo con aire dulce y melancólico.

En seguida partió con su amigo, y el general, que se había adelantado, se dirigió á Carlos al llegar, saludándole con fría atención, poniéndose en seguida á fumar tranquilamente un cigarro, como si la escena sangrienta que se preparaba le fuese enteramente indiferente.

Echaron al aire una moneda, y la suerte favoreció á Carlos, que persuadido de su habilidad, comprendió desde luego que su adversario estaba perdido. Mas al verse dueño de la existencia del hombre que tan cruelmente le había ultrajado, desapareció su resentimiento, y se horrorizó á la idea de dar la muerte á un objeto que Dios había animado con la vida, y se preguntó á sí mismo si una mano manchada con un homicidio se atrevería á conducir á Eugenia delante del altar.

— General, dijo, á la punta de vuestro sombrero.

La bala partió silbando y echó por tierra el objeto indicado.

El señor D. no había hecho un solo movimiento de temor, de sorpresa ni de gratitud: continuó impassible y con tono irónico dijo friamente:

— Sois bastante diestro, caballero... al quinto botón de la izquierda.

En este momento Carlos cayó: la bala le había atravesado el corazón.

— Esto es un asesinato, un crimen horrible, exclamó Eduardo pálido de dolor y de indignación.

— Poco ruido, dijo el señor D. con la mayor tranquilidad: aquí cada uno ha usado de su derecho según le ha parecido... Hasta la vista, señores.

Al decir esto el general tomó su coche y desapareció.

Eduardo Vernillier cumplió con los últimos deberes de la amistad; el desgraciado joven fué enterrado en el cementerio de San Mandé, y después de esta triste ceremonia, Eduardo marchó á Baden con el objeto de cumplir religiosamente la promesa que había hecho á su amigo.

Adolfo Melville quedó como herido de un rayo á la recepción de esta terrible noticia: su dolor fué mudo y sombrío como todo género de desesperación; después condujo á Eduardo á un juego de pistola situado fuera de la ciudad, tiró diez veces y dió siempre en el punto, y con sonrisa irónica y terrible, dijo:

— Eduardo, ¿me crees capaz de quitar la vida á un hombre?

II.

Un mes después del teatro de la Opera se hallaba una noche lleno de gente que había acudido á las promesas del anuncio, y entre los aficionados era fácil distinguir al general D. Cerca de este se hallaba un joven que observaba todos sus movimientos con la mas escrupulosa atención, y á quien se vió ocupar el puesto del general al momento que este se levantó para salir durante el entreacto.

— Este es mi sitio, caballero, dijo el general á su vuelta con tono firme é imperioso.

Un silencio profundo fué la única respuesta del joven. — Tenga Vd. la bondad de desocupar el puesto al instante, continuó el general con la mayor impaciencia.

El joven volvió irónicamente la cabeza, y sin hablar una sola palabra miró atentamente al general, que no pudo menos de sobresaltarse. Efectivamente, esta fisonomía, gracias á una extraordinaria semejanza, hizo traer misteriosamente á su memoria una escena que ya tenía olvidada.

— ¿Es de Vd. este sitio? replicó pausadamente el

desconocido; tanto mejor : me encuentro bien aquí.

En este momento se oyó el estampido de dos bofetones que se dieron mutuamente, y al mismo tiempo se escapó un grito de un palco donde estaba una jóven.

—Hasta mañana, caballero.

—Hasta mañana, repitió el general, con voz sombría.

—Nos batiremos en Vincennes, cerca de San Mandé, si este sitio no os desagrada, y este caballero que está á mi lado será mi padrino.

Y diciendo esto, indicó á Eduardo Vernillier, que estaba en la luneta inmediata, frío espectador, aunque no indiferente á esta escena. El general le contempló con una sorpresa marcada.

—Está muy bien, respondió con grande emoción, este ú otro cualquiera, me es indiferente.

Fácilmente se comprende que el jóven de quien hablamos era Adolfo Melville, el cual salió con Eduardo, quien por su parte habia aceptado el encargo de padrino, porque queria asociarse á esta venganza, bien resuelto, si su amigo sucumbia, á ofrecerse al general como postrer víctima.

El sitio indicado para el combate, el mismo en que tuvo lugar la escena pasada, la perfecta semejanza de su adversario con aquel á quien el general habia quitado la vida, todas estas circunstancias que parecían efecto de la casualidad, habian impresionado de tal modo al señor D., que no acudió á la cita con aquella imperturbabilidad que hasta entonces jamás le habia abandonado; y aun cuando la suerte le designó el primero para el combate, conoció que su habilidad le abandonaba en aquella ocasion. Apuntó á su adversario con mano convulsiva, y la bala tocó ligeramente el pelo de Adolfo, quedando por esta vez fallida aquella especie de predestinacion que habia hecho del general D. el mas temible duelista del reino.

Adolfo conservaba la mas estóica actitud á la vista del arma dirigida sobre él; y cuando llegó su vez, extendió el brazo, apuntó con terrible lentitud, y dijo con voz sonora :

— A Vd. ahora, caballero... al quinto boton de la izquierda.

La profecía se realizó : el general D. sufrió la pena del talion, y cayó en el mismo sitio que habia sido testigo de sus hazañas homicidas.

Cuando Adolfo y Eduardo volvieron á casa de Duval, encontraron á Eugenia pálida, descompuesta, y hecha un mar de lágrimas á los piés de un crucifijo. Adolfo se adelantó.

— Eugenia, la dijo, he vengado á mi hermano... ahora puedo leerles la carta que me escribió el dia de su muerte, y que he tenido oculta hasta aquí.

— Leedla, exclamó la jóven, poniendo la mano sobre su corazón.

La carta de Carlos Melville contenia las expresiones siguientes :

« Adolfo, hermano; querido amigo : voy á batirme, y

probablemente sucumbiré en este encuentro : y bien, ¿ me atreveré á decírtelo? Aunque en visperas de casarme con Eugenia, que mi corazon ha escogido, no temo la muerte, antes bien la deseo, porque la union que iba á hacerme el mas feliz de los hombres me condenaria á un eterno dolor... He penetrado tus senti-

Hoy publicamos con sumo placer dos de los mejores grabados que contiene la magnífica y lujosa obra que el señor don Manuel María Mosquera acaba de publicar en Paris, y que dice relacion á la vida del ilustre prelado y venerable confesor de la fe, señor don Manuel José Mosquera, arzobispo de Bogotá. De esa obra hemos hablado en el número de la parte política correspondiente al 31 de marzo de este año.

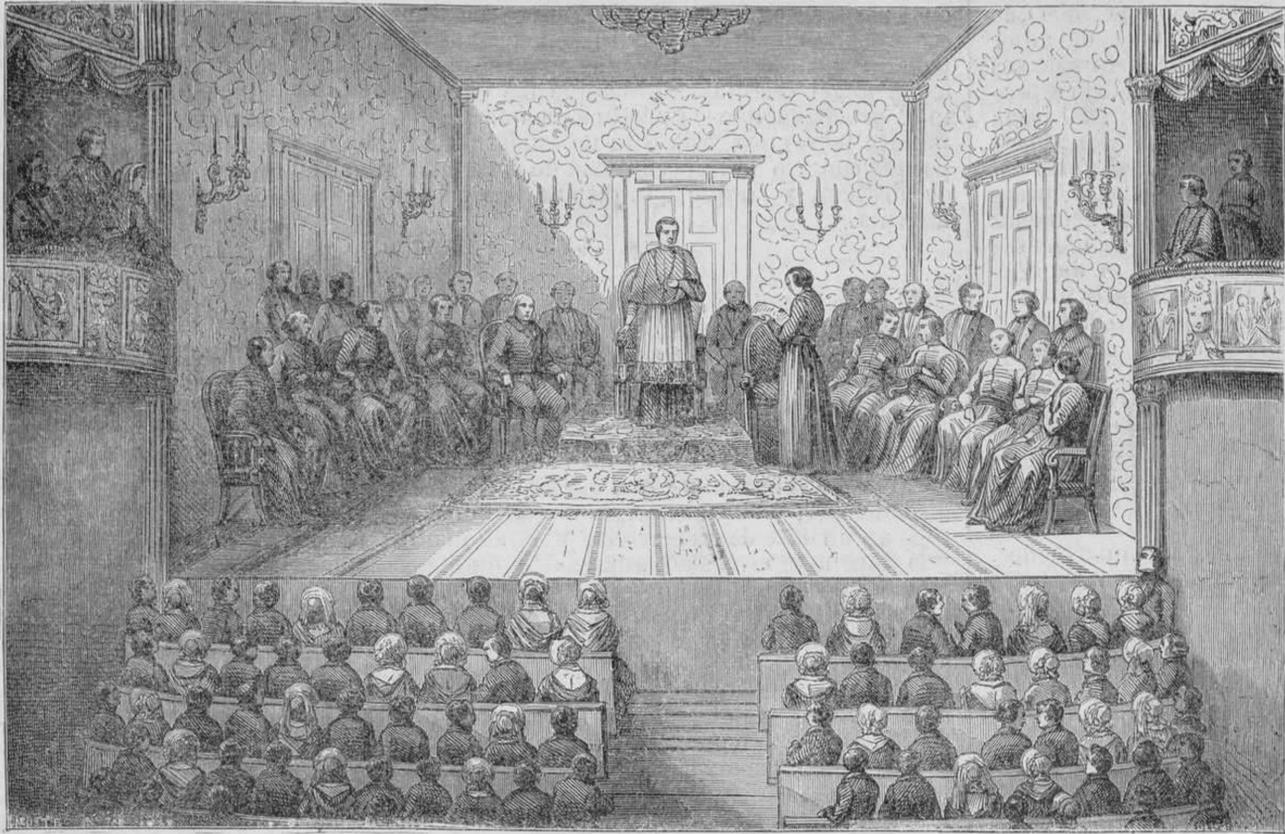
El primer grabado se refiere á la brillante funcion que el 15 de marzo de 1853 dieron en honor de aquel santo pastor los prelados, el clero y los católicos de Nueva-York; funcion que tuvo lugar en la sala metropolitana, y en la cual se obsequió á su Señoría Ilustrísima con un anillo de oro de exquisito trabajo: este anillo tenia en el centro un hermoso rubí rodeado primero por un círculo de diamantes, y este por otro círculo de esmeraldas, y con esta inscripcion grabada en la parte interior del aro : — *Emmanuel Josepho fidei Confessori-Neo-Eboraci, Idibus martii, 1853.*

El segundo grabado se refiere á la memorable solemnidad de la traslacion de los restos de santa Teodosia á Amiens. Convidado el venerable señor arzobispo Mosquera para que asistiese á esa solemnidad, se diri-

gió á Amiens, á pesar del mal estado de su salud; pero no teniendo fuerzas para acompañar la procesion, se preparó y decoró un estrado en el portal de una casa de caridad, situada en una de las calles por donde debia pasar la procesion. Allí estuvo de pié ese gran pastor revestido de sus vestiduras pontificales y con la mitra y el báculo. Al pasar por frente al estrado, el espléndido y venerable grupo de los veinte y siete prelados, cardenales, arzobispos y obispos, « apartaron todos ellos un momento sus ojos del carro en que triunfaba la santa mártir, se inclinaron con afectuoso y profundo respeto delante del confesor desterrado, delante del pastor fiel, que combatió hasta la última hora por los derechos de su Señor, y por la fe de la grey que le habia encomendado. »

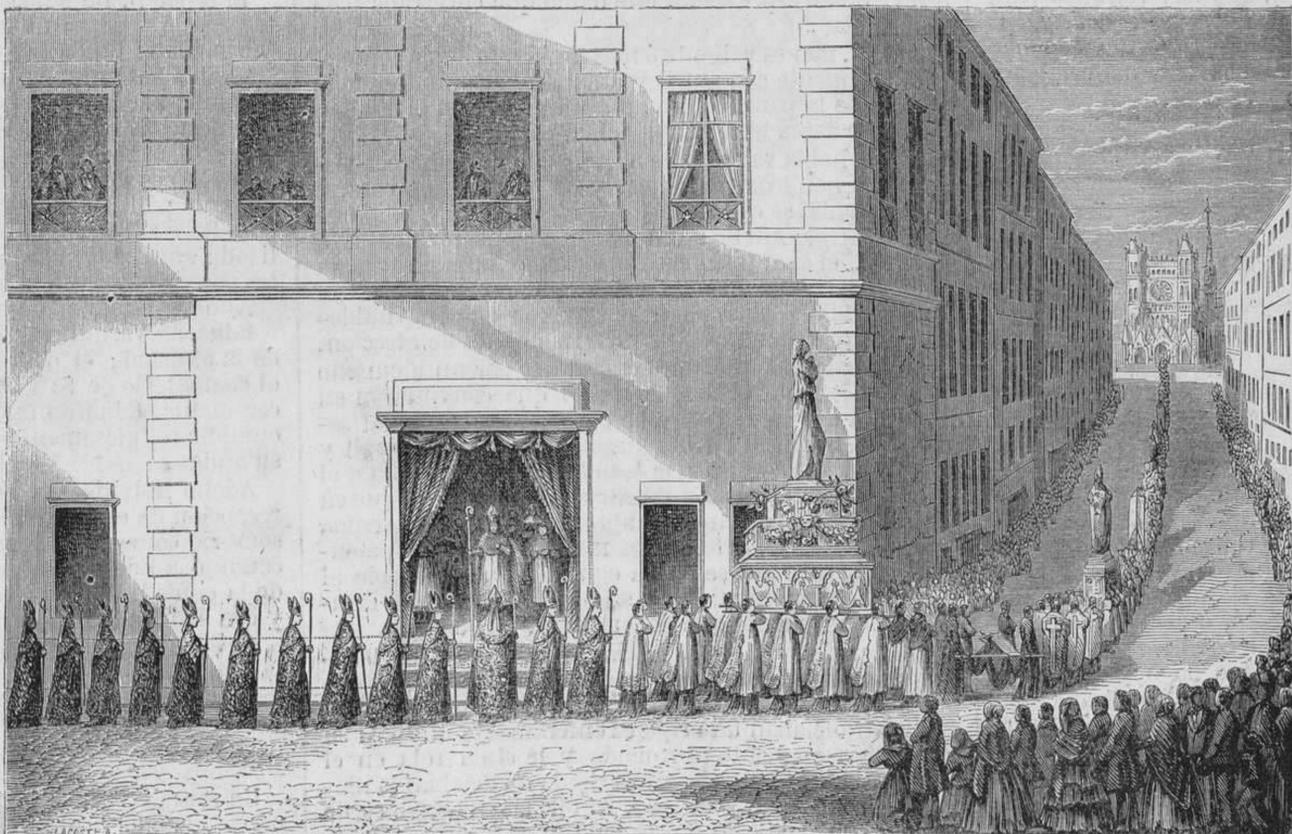
Nada faltó en su destierro al eminente arzobispo de Bogotá para mitigar las persecuciones que le declararon los enemigos de la Iglesia : los católicos de ambas Américas y de Europa, los prelados, los sacerdotes, los publicistas y aun muchos protestantes rindieron el tributo de su ardiente admiracion al digno imitador de Atanasio, de Crisóstomo, de Tomás de Becket. — Su Santidad aprobó enteramente su conducta, le dirigió tiernas y afectuosas cartas, y se preparaba á honrarlo con el capelo cardenalicio, cuando la muerte tronchó en Marsella tan preciosa existencia.

El que escribe estas líneas recibió inmensos favores de ese santo pastor, tuvo el honor de acompañarle muchos años, y deplorará toda su vida no haber estado cerca del justo cuando expiraba para recibir su bendicion.



GRAN FUNCION DADA EN LA SALA METROPOLITANA POR LOS CATÓLICOS DE NUEVA-YORK EN HONOR DEL VENERABLE ARZOBISPO DE BOGOTA.

mientos, he comprendido tu sacrificio, y he admirado tu cariño. — Mil gracias, mi querido Adolfo. Si muero, Eugenia será tu mujer, pues de este modo nunca cesará de pertenecerme. — Casate... te lo pido como si fuese un beneficio, y te lo prescribo como un deber. »



TRASLACION A AMIENS DE LOS RESTOS DE SANTA TEUDOSIA.

Un silencio profundo siguió á la lectura de esta carta. Eugenia alargó la mano á Adolfo, el cual la llevó á sus labios : el deseo del moribundo no tardó en realizarse. Unidos ante Dios, se retiraron con el señor Duval á una pequeña casa situada cerca del sepulcro de Carlos, donde no dejaron de ir un solo dia todos juntos á hacer fervientes ruegos y á llevar por tributo flores y lágrimas.